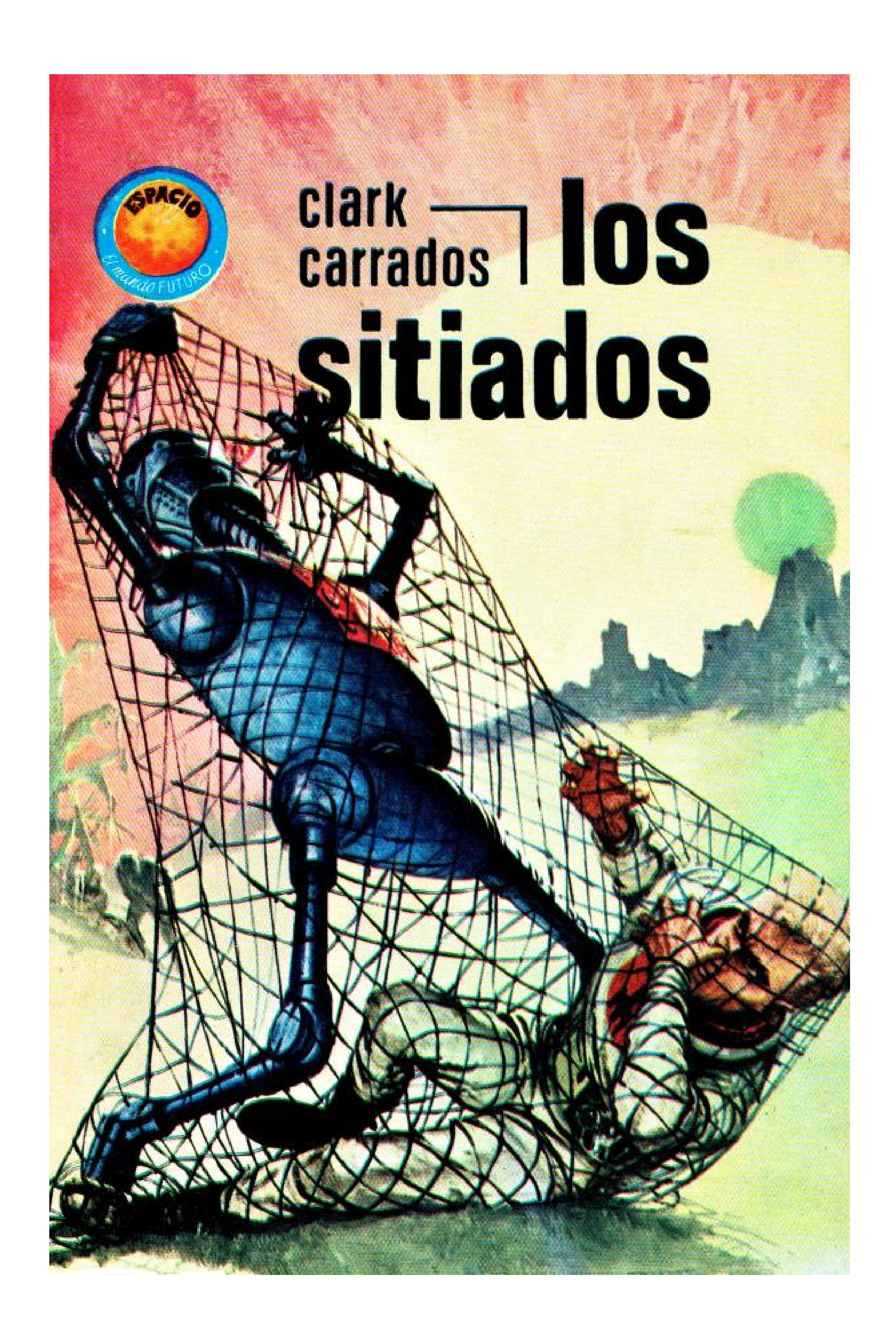

ESPACIO
El mundo FUTURO
clark carrados
los sitiados

CLARK CARRADOS

LOS SITIADOS

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 BARCELONA
Julián Álvarez, 151 BUENOS AIRES

Primera edición: septiembre 1966

Depósito Legal: B. 20506-1966

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

LANZANDO un suspiro de alivio, Miguel Devor se detuvo en la cima del altozano, de laderas redondeadas y pendientes suaves, en medio del gris y depresivo crepúsculo marciano.

Casi era de noche. Sin embargo, al pie de la eminencia podía distinguir las quietas aguas de un canal. Miguel carecía de mapas y, por dicha razón, ignoraba el nombre de la corriente líquida.

Pero esto le importaba muy poco. Por primera vez, en muchísimos días, veía indicios de presencia humana.

¿Cuántos días hacía que vagaba Miguel en busca de semejantes?

Ni siquiera podía recordarlo. Había perdido la cuenta del día en que se quedó solo.

Desde entonces, había estado caminando poco menos que sin cesar y sin rumbo fijo por la superficie del cuarto planeta, viviendo de las raciones de emergencia que había conservado y de los escasos víveres que había hallado en su incierto vagar.

Ahora, en el gris crepúsculo, veía una chispita de luz amarilla. Esto significaba vida humana, vida de semejantes, en suma.

El canal se deslizaba lentamente a seiscientos metros de distancia y a cien más abajo del nivel que ocupaba. La orilla opuesta apenas si podía distinguirse, aunque fuese de día. En este momento, Miguel solo veía la orilla más cercana a él.

Una amarga sonrisa curvó hacia abajo los labios de Miguel. Por la fuerza de la costumbre, todavía seguía llamándose canales a aquellos cursos de agua que fluían por las vastas llanuras marcianas, de los Polos hacia el Ecuador, durante la época del deshielo. Los escasos accidentes orográficos del planeta hacía que los ríos, tales eran en realidad, corriesen casi en línea recta a lo largo de millares de kilómetros, hasta que, en el verano, se iniciaba la evaporación que provocaba su casi total desaparición, salvo en

los lugares situados muy cerca de los círculos polares.

La anchura de los ríos marcianos era notable, de decenas de kilómetros en algunos casos, lo cual les convertía en pequeños mares o lagos de agua dulce, pero no eran los canales que imaginó Schiaparelli y que, para ser vistos con telescopios desde la Tierra, hubiesen debido medir centenares de kilómetros de anchura. La pretendida civilización marciana no había construido ningún canal, ni había existido, por lo menos en un período de quince o veinte mil años anterior al primer desembarco terrestre.

El paso de los tiempos había borrado todo rastro de tal civilización, si es que algún día llegó a existir. El planeta estaba absolutamente desierto cuando llegaron los primeros seres humanos… los primeros que procedían de la Tierra. Si habían llegado otros de distintos mundos, era cosa que no se había sabido jamás y cuya inexistencia había sido artículo de fe para los terrestres.

Hasta hacía poco. Ahora, Miguel Devor ya no dudaba de que «ellos» habían estado en Marte, aunque hasta el momento no se había tropezado con ningún ser extraño.

Y desde hacía semanas, más bien meses, Miguel tampoco se había tropezado con otros semejantes suyos, semejantes nacidos en la Tierra o descendientes de nacidos en la Tierra.

Ahora veía luz. Señal indudable de la presencia de seres humanos en el planeta. Señal de vida después de tantos días de soledad.

Volvió a suspirar. El viento gimió melancólicamente, levantando una grisácea polvareda de arena que envolvió a Miguel por unos momentos.

Miguel distinguió la confusa silueta de la casa, situada a trescientos metros del canal y a unos veinte de altura sobre el nivel de las aguas. Pensó que los constructores habían levantado el edificio, teniendo en cuenta los momentos de máximo nivel de las aguas durante las crecidas del deshielo. La casa debía de estar segura al respecto y, en lo sucesivo, puesto que la primavera se acercaba, ya no había que temer el peligro de la inundación.

Emprendió el descenso, acomodándose maquinalmente las correas de la mochila, la cual contenía sus escasos objetos personales y algunas raciones de alimentos de emergencia.

Pendiente del cinturón llevaba un viejo pero efectivo revólver, un cuchillo de ancha y afilada hoja y una linterna con pila de larga vida. Del hombro derecho le colgaba un fusil destructor, con un repuesto total de treinta granadas.

Era todo cuanto poseía. Para un hombre resuelto y decidido como Miguel Devor, era suficiente para sobrevivir largo tiempo… si «ellos» no le localizaban.

Descendió la pendiente con paso mesurado. Las tinieblas se acentuaban, cuando llegó a las inmediaciones de la casa, pero aún quedaba la suficiente luz para examinarla exteriormente con toda atención.

Miguel se asombró. Era una construcción entera y típicamente terrestre, más bien de la zona mediterránea.

Paredes encaladas, cubierta de tejas rojas, marcos de ventanas pintados de azul, algunas de las ventanas con rejas y macetas floridas, un emparrado, un pozo, absurdo este, teniendo el canal a cuatro pasos… Incluso una veleta oscilante, con su punta de flecha, el gallo y los cuatro puntos cardinales.

La casa era muy amplia, de dos plantas, con un cobertizo destinado sin duda a herramientas en un lado de lo que parecía jardín. Miguel observó además otra cosa.

Aparecía completamente limpia de arena… todo estaba limpio: la casa, las tejas rojas, el cobertizo, el jardín, el pozo. Pronto tuvo la explicación.

La casa se encontraba rodeada por una densa batería semicircular de deflectores, situada en la dirección de los vientos más dominantes, los cuales detenían la arena traída y llevada constantemente por el aire. Miguel conocía muy bien tal sistema de protección y no le hizo falta buscar el emplazamiento de los deflectores para saber de su existencia en el acto.

Se veía una valla pintada de blanco que enmarcaba el pequeño jardín, en el que la mayoría de las plantas apenas si habían surgido de la tierra. Sin embargo, estaban señaladas las calles y los macizos, con un gusto singular, dentro de su relativa rusticidad.

Miguel levantó la aldabilla que cerraba la puerta y pasó al otro lado. Dejó la puertecita cerrada de nuevo y siguió adelante.

Cerca ya de la entrada descolgó el fusil y lanzó un grito:

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí?

La puerta estaba abierta y un raudal de luz salía por la misma. Miguel se atrevió a asomarse al umbral y gritó de nuevo.

Nadie contestó a sus llamadas. Miguel sintió en aquel momento, más que nunca, la terrible y desoladora impresión de hallarse solo en un mundo muerto.

Era un hombre joven y robusto, de agradable apariencia, con largos años de vida por delante, en circunstancias normales. Ahora, viendo que seguía solo, la perspectiva de una vida de Robinson del espacio durante tal vez un siglo hizo que se apoderase de su ánimo una profunda depresión.

Pasó un minuto largo. Miguel se atrevió a franquear el umbral.

Hallóse en una vasta pieza, mezcla de salón, comedor y cocina, con una gran chimenea de campana en uno de sus muros. La decoración era la correspondiente a una casa de labradores: sobria, resistente y duradera, de madera oscura y metal brillante, en los utensilios de cocina que pendían en la chimenea y sus alrededores.

A la izquierda, una escalera de amplios peldaños y barandilla de madera, con postes torneados, conducía al piso superior. Miguel tomó la escalera.

Arriba solo halló dormitorios y un salón. El desván, al que se subía por una escalera vertical, situada en el fondo del corredor, estaba absolutamente vacío de muebles viejos y muy limpio, además

Todas las luces funcionaban perfectamente. Miguel sabía de muchas granjas marcianas que disponían de su pequeña central automática nuclear, que les permitía el uso de energía sin limitación. Tal vez, se dijo, aquella casa disponía de una de ellas.

Volvió abajo y examinó las habitaciones de la planta. En una de ellas, sorprendentemente, descubrió una biblioteca muy bien provista, en un salón de tertulia amueblado con gusto singular. El dueño de la casa debía de haber sido persona amante de la vida tranquila, un oriundo de las riberas mediterráneas, sin duda, a juzgar por los muebles y decoración.

Pero a Miguel, en aquellos momentos, había una cosa que le interesaba sobremanera, y era la supervivencia. Buscó comida.

La halló. Encontró un enorme frigorífico, del tamaño de una habitación, repleto de víveres y conservas de todas clases. El frigorífico tenía un compartimento especial, de menor temperatura,

en el que halló, pendientes del techo, varias reses en canal, perfectamente conservadas: un buey, dos cerdos, varios corderos…

Se rascó la cabeza, perplejo. El dueño de la casa pensaba sobrevivir muchos años, pero «ellos» habían frustrado sus planes. Incluso descubrió en un sótano, situado bajo la cocina, una bodega bien repleta de botellas de buenos vinos y licores de todas clases.

Era hora de prepararse algo para comer. Miguel pensó en un par de huevos fritos —«o aunque sean cuatro», se dijo glotonamente—, una buena ensalada de verduras frescas y media docena de costillas de cordero asadas. Observó abundancia de leña en la chimenea, y fuera, en el cobertizo, había visto también una colosal pila de troncos, que podía durarle fácilmente un par de meses.

Encendió el fuego, frotándose las manos de satisfacción. Ya que estaba solo, era preciso pasarlo lo mejor posible.

No iba a ser avaro con los víveres. Cuando se terminasen…

De pronto unos pasos sonaron en el exterior. Miguel se separó de la cocina en el acto y corrió hacia la mesa, donde tenía su revólver.

Apuntó con el arma hacia la puerta. Segundos después, vio aparecer a una muchacha en el umbral.

CAPÍTULO II

ELLA se detuvo y le miró con los ojos muy abiertos. Miguel se fijó en que tenía las pupilas azules.

Era rubia, de larga cabellera, que le pendía suelta por los hombros, esbelta y bien conformada. También llevaba a la espalda una mochila y aunque no se le veía rifle, llevaba un revólver pendiente del cinturón, el cual acentuaba aún más la delgadez de su talle.

Se cubría con un chaquetón acolchado, con cuello de piel, que le llegaba a medio muslo. Bajo esta prenda, usaba una de una sola pieza, de color anaranjado, que señalaba con rotundos trazos las curvas de un cuerpo joven y bien conformado.

—Hola —dijo la muchacha—. Me llamo Augusta Farries.

Miguel dejó el revólver sobre la mesa.

—Soy Miguel Devor —dijo, avanzando hacia ella, con la mano extendida—. ¿Superviviente?

—Sí, es decir, creo que sí… ¿Puedo entrar?

Miguel tomó su mano.

—No faltaría más. Venga, por favor. Deme su mochila y su chaquetón. Aquí se está bien, no hace frío, señorita Farries.

Augusta miró las llamas.

—Produce impresión ver un fuego hogareño —comentó—. ¿Cómo lo ha conseguido, señor Devor?

—Encendiendo una cerilla —contestó él con una sonrisa. Dejó a un lado la mochila y el chaquetón de la joven—. Siéntese, por favor. Cuando llegó usted, me disponía a preparar la cena. ¿Qué le apetece?

—Cualquier cosa. Tengo tanta hambre que…

—La minuta que había planeado consistía en ensalada, huevos fritos y costillas asadas. ¿Qué le parece?

Augusta abrió unos ojos como platos.

—¡Dios mío! ¿De dónde sacó todo eso? —preguntó.

—Hay un frigorífico con víveres suficientes para abastecer a un batallón durante un año, cuanto más a dos persona. Pero, mientras preparo la cena, ¿no querría tomar usted un poco de vino? Le sentaría bien, observó que está muy pálida.

—Vino —repitió Augusta, maravillada—. Es el colmo, señor Devor. ¿Tiene usted la lámpara de Aladino?

—No. En todo caso, el dueño de esta casa. Si vuelve, ya le presentaremos excusas. Y si no…

El hermoso rostro de la joven se ensombreció.

—¿Cree usted que lo proyectaron «ellos»? —preguntó.

—No hay otra explicación, si es que no aparece dentro de un plazo razonable —contestó Miguel.

—Yo creí que era usted el dueño de la casa.

Miguel descorchó una botella y llenó dos copas.

—Yo también pensaba lo mismo de usted —dijo.

Augusta meneó la cabeza.

—No. Vivía en Ciudad Trafford, a dos mil kilómetros de aquí —contestó.

—Una buena caminata. A cincuenta kilómetros diarios, son cuarenta días —comentó.

—Ponga veinte más. Algunos días descansaba o buscaba rastros de mis semejantes —manifestó Augusta.

Miguel le entregó un vaso. Ella probó el vino.

—Parece Chianti —dijo apreciativamente.

—La botella no tiene etiqueta —comentó él—. Pero no importa. Siga hablando mientras preparo la cena, por favor. ¿Qué hacía en Trafford?

—Maestra de párvulos.

—¿Desapareció la ciudad?

—Entera, con sus habitantes.

—Y usted, ¿cómo se salvó?

—¿Podría explicarlo, acaso? —los ojos de Augusta reflejaban el horror de los recuerdos—. No lo sé… los vigías señalaron la presencia de «ellos», pero era tarde ya. Se oyeron muchos rugidos, el viento se arremolinó… las casas volaban en mil pedazos por los aires, las personas eran absorbidas por aquellos horribles torbellinos

y subían, subían sin cesar, mientras agitaban frenéticamente brazos y piernas y gritaban de un modo horrible… Eran miles de personas, envueltas en estruendosas oleadas de escombros y objetos familiares, las que subían a lo alto, hasta que el ruido cesó y sus gritos dejaron de oírse…

Miguel observó a Augusta y vio que tenía el rostro sudoroso y sin color. Llenó otra copa y se la sirvió.

—Beba. Olvide aquellas escenas, no es bueno recordar lo malo, cuando menos, en determinadas circunstancias —aconsejó.

Augusta asintió. Respiraba entrecortadamente. El pecho se señalaba con sólidas redondeces contra el tejido de su traje.

—¿Y yo? —preguntó—. ¿Cómo me salvé? ¿Por qué no fui proyectada como los demás?

—¿Qué hacía usted en aquel momento? —preguntó.

Augusta se puso una mano en la frente.

—No recuerdo bien —dijo—. Hacía poco que había salido de clase. Estaba en la escuela, cuando oí las sirenas de alarma. ¿Y usted? —preguntó de repente.

Miguel sonrió.

—Tengo la desdicha de ser aficionado a la espeleología —contestó—. Encontré una caverna muy bonita y me puse a explorarla. En ella estaba cuando me quedé solo. Ya hace tres meses, creo.

Los ojos de Augusta se iluminaron.

—¡Ahora recuerdo! Cuando empezó el ataque, yo me hallaba en el sótano de la escuela. Creí que la alarma no sería más que algo infundado y bajé a tomar unas notas para presentarlas a la Comisión de Transportes Urbanos. Había pedido una conexión con los túneles de cintas transportadoras, a fin de que los chicos no tuvieran que caminar tanto y se me encargó hiciera un estudio preliminar al respecto. Además de maestra, soy también ingeniero —añadió Augusta, ruborizándose ligeramente.

—Así que usted estaba en un sótano y yo en una caverna y por eso nos salvamos.

—Sí, pero, en tal caso, ¿cómo fueron proyectados los que se hallaban en los túneles?

Miguel se quedó pensativo durante unos instantes.

—¿No se sintió usted elevada y pasó luego un buen rato

adherida al techo del sótano?

—Sí, claro.

—A mí me ocurrió también lo mismo. De repente, empecé a volar… y suerte que estaba en un trecho donde la caverna no era muy alta, de lo contrario, me hubiera roto todos los huesos. Pasé dos horas largas en tal situación.

—Yo también —manifestó Augusta—. Pero los que estaban en los túneles…

—¿Su sótano tenía más de una entrada, señorita Farries?

—No. Solo la que daba a un cuartito adyacente al aula.

—Mi caverna tampoco tenía más que un acceso. En cambio, todo túnel de transporte subterráneo dispone, por lo menos, de dos bocas: una de entrada y otra salida. Si no, no sería más que una cueva larga, ¿comprende?

—Desde luego, pero ¿qué quiere decir con eso?

—Sencillamente, que una boca de entrada y otra de salida son imprescindibles para que se forme la… corriente de proyección o como se llame esa formidable fuerza que despobló el planeta en pocos minutos. Naturalmente, esto se refiere a los que estaban bajo tierra.

—Y eso quiere decir que aún habrá más supervivientes —dijo Augusta con los ojos muy brillantes—. Alguno estaría escondido en las mismas condiciones que nosotros dos…

—Sí, pero ¿cómo encontrarlo?

Hubo un momento de silencio. Augusta pareció abatirse de nuevo.

—¿Hemos de ser nosotros dos los únicos supervivientes, señor Devor? —preguntó con voz débil.

—Si no hay nadie más, desde luego —contestó él—. Pero, por el momento, nuestra situación no es tan mala —le puso dos platos delante, uno con ensalada y otro con huevos fritos—. ¿Qué le parece?

Augusta sonrió.

—Es mejor tomárselo con un poco de filosofía —dijo.

Miguel colocó ante ella un cuchillo y una barra de pan.

—Está permitido untar en la yema de los huevos —sugirió alegremente.

Cenaron con magnífico apetito. Al terminar, Miguel preparó dos

tazas de café.

—Hay de todo —informó—. Incluso cigarrillos —le alargó uno ya encendido y Augusta aspiró el humo con verdadero placer—. Espero que aparezca el dueño de la casa, pero que no nos tome en cuenta el gasto.

—Confío en que será persona comprensiva —dijo ella.

Poco más tarde, la conversación languideció. Hablaron del extraño fenómeno, provocado por seres extraterrestres, según se creía, pero a los que ningún ser vivo había conseguido divisar, fenómeno que había despoblado totalmente los dos planetas, así como algunas pequeñas colonias en satélites y otros cuerpos celestes del sistema solar, y luego, sintiéndose fatigados, decidieron retirarse a descansar.

Miguel subió al piso superior y bajó un colchón, que colocó delante de la chimenea, frente a la puerta. Augusta se encerró en un dormitorio.

Antes de dormirse, Miguel fumó un cigarrillo.

—Ya no estoy solo —murmuró—. El porvenir no se presenta tan oscuro.

Fuera, el viento marciano silbaba con furia, arremolinando la arena y provocando oscuras ondulaciones en las aguas del canal.

Amaneció. Miguel preparó el desayuno, después de haberse aseado en un baño contiguo a la cocina. El cuarto de baño disponía de un armario ropero, en el que encontró prendas para cambiarse. También vio algo que le hizo pensar un poco.

Augusta bajó momentos después.

—Casi me despertó el olor a café —dijo, sonriendo—. ¿Qué tal ha pasado la noche?

—Hacía meses que no dormía tan bien —contestó Miguel, muy alegre—. A propósito, ese traje está bastante usado.

—No tengo otro —dijo Augusta—. Todo voló al espacio…

—Ahí, en el cuarto de baño, hay un ropero con prendas de señora. Cámbiese a su gusto.

—¿Era casado el dueño de esta granja?

Miguel se encogió de hombros.

—Así se deduce —contestó.

—Bien, entonces, nos aprovecharemos del vestuario de la señora… señora Equis, le llamaremos, ¿no le parece?

—Es un nombre muy apropiado —convino Miguel con amplia sonrisa—. ¿Qué le apetece para desayuno, señorita Farries?

—En primer lugar, dada nuestra situación y si no le importa, vamos a suprimir radicalmente todos los tratamientos —contestó ella—. Yo te llamaré por tu nombre y tú por el mío.

—Hecho —dijo Miguel—. ¿Y en segundo lugar?

—Ya que estás en ello, termina de preparar el desayuno, pero, en lo sucesivo, la cuestión de la cocina queda de mi cuenta.

—Sí, señor ingeniero culinario —exclamó Miguel de buen humor.

Y en aquel instante, oyeron fuera de la casa el sonido más absurdo que hubieran podido esperar: el ladrido de un perro.

CAPÍTULO III

MIGUEL y Augusta corrieron hacia la puerta, que abrió el primero de golpe.

El perro se precipitó dentro de la casa, ladrando alegremente, a la vez que meneaba la cola con el aspecto propio de un animal que encuentra a su dueño. Era un «setter» blanco y negro muy bonito, que atrajo de inmediato a la joven.

Augusta se arrodilló junto al animal y lo acarició con ambas manos. El perro ladró, dio un par de saltos y luego se frotó contra ella.

Mientras tanto, Miguel había cogido su rifle y salido fuera de la casa. Dio una vuelta entera, sin divisar otra cosa que la soledad del desierto marciano y la silenciosa quietud de la corriente del canal.

Al cabo de unos momentos, entró de nuevo. Augusta se preocupó al ver el gesto sombrío del joven.

—¿Qué te pasa, Miguel? ¿Por qué pones esa cara? —preguntó.

—Este perro… —murmuró él.

—Habrá conseguido sobrevivir a la catástrofe —opinó Augusta —. Y el instinto le habrá hecho llegar hasta aquí. No hay misterio, como puedes comprender.

El «setter» iba y venía, husmeándolo todo. Miguel dijo:

—Ciudad Trafford está… estaba, mejor dicho, a dos mil kilómetros. Yo vivía en Sankerey, a mil cuatrocientos cincuenta kilómetros. Otra de las ciudades es Salybar, a mil doscientos. No había más centros urbanos en… en las relativas inmediaciones de esta casa, Augusta.

—Lo sé —contestó ella—, pero ¿qué quieres decir con esas palabras?

El perro se acercó al joven y olisqueó sus pantalones.

—Fíjate en el pelaje —dijo Miguel—. Limpio, reluciente, como si

su dueño acabase de sacarlo del baño —cogió al animal en brazos y le examinó las patas—. En magnífico estado —añadió, enseñándole la planta de una de ellas—. Y está gordo, reluciente, bien alimentado…

Dejó al animal en el suelo. El «setter» dio un par de ladridos y volvió a menear la cola.

—Tal vez su dueño quedó inconsciente a corta distancia de la casa —sugirió la joven—. Entonces, el perro, por el olfato, percibió seres humanos y vino a pedir socorro.

—Míralo bien —dijo Miguel—. ¿Es esa la actitud de un perro que viene a buscar socorro para su amo?

El animal se había echado junto a la chimenea, plácidamente. Movía la cola con suaves ondulaciones y contemplaba las llamas con aire abstraído.

—Un perro que viene a buscar socorro para su amo malherido —continuó Miguel—, gime, ladra, da vueltas, echa a correr indicando la dirección que deben seguir los que vayan a auxiliar al accidentado… pero nunca se echa a descansar junto al fuego. Y eso lo hacen todos los perros, no importa su raza, Augusta.

—Tienes razón —convino ella—. Pero, entonces, ¿de dónde ha salido?

Miguel suspiró.

—No lo sé —contestó—. Lo mejor será que desayunemos, Augusta. Anda, ve al baño y cámbiate de ropa.

—Sí —contestó ella. Dio unos pasos y se volvió hacia él—. Miguel, ¿qué nombre le ponemos?

—Ah, elígelo a tu gusto —sonrió él.

Augusta meditó un momento.

—Cuando era pequeña, soñaba con tener un perro así —dijo al cabo—. Nunca pude conseguirlo, pero ya entonces elegí su nombre. Se llamará «Trisk», Miguel. No significa nada, pero…

—Es tu sueño hecho realidad —concluyó Miguel con una sonrisa.

Poco después, Augusta salía del baño, vestida con una blusa blanca y unos pantalones azul oscuro. Una cinta roja sujetaba en cola de caballo su frondosa cabellera.

—Salvo trajes de fiesta, la señora Equis tenía de todo —comentó, al tiempo de sentarse en la mesa.

Desayunaron con buen apetito, sin olvidarse de «Trisk». Al terminar, Miguel hizo una sugerencia.

—Augusta, he estado pensando una cosa.

—Sí, Miguel.

—Puede que seamos los últimos supervivientes de Marte, pero cabe también que haya alguno más en nuestras mismas condiciones.

—Es posible —convino ella.

—Los supervivientes se encontrarán en pésimas condiciones. Estoy casi seguro de que harán lo mismo que hemos hecho tú y yo.

—Buscar a otros semejantes.

—Eso es. Pero la casa no se ve desde todos los sitios. La ladera la oculta por lo menos desde el oeste y el noroeste. Mi idea consiste en plantar algunos jalones, banderas, flechas o algo por el estilo, a fin de advertir a los posibles supervivientes de que cerca hay semejantes suyos.

—Es una excelente idea —aprobó ella—. Y ¿cómo piensas hacerlo, Miguel?

—Yo era un simple oficial de orden público. Poseo cierta cultura, desde luego, pero tú eres ingeniero. ¿Qué me sugieres tú?

Augusta reflexionó unos momentos.

—Postes, con banderas, unos trozos de trapo de colores vivos pueden servir igual, y flechas indicadoras. En los cuatro puntos cardinales y apuntando hacia la casa.

—Magnífico, pero solo podremos poner las flechas en tres puntos.

—¿Por qué? —preguntó la joven.

—El canal cae hacia el este y mide decenas de kilómetros de anchura.

—Es cierto —convino Augusta—. Bueno, los pondremos donde podamos y a una distancia prudencial de la casa. ¿Sabes dónde hay postes, Miguel?

—Vamos al cobertizo — propuso el joven.

—Yo iré al ropero a ver si encuentro la tela adecuada para hacer las banderolas —dijo Augusta.

Miguel salió de la casa y entró en el cobertizo, en el que, además de la leña, había una buena pila de palos largos, de cinco o seis metros de largo y unos diez centímetros de grueso. El tercio de gravedad marciana permitía manejarlos con facilidad y Miguel sacó

tres al exterior.

Había, además, un gran cajón con herramientas. Miguel sacó una azuela y afiló la base de los tres postes. Empezaba a hacerlo cuando Augusta salió de la casa con unos trozos de tela roja, negra y amarilla.

—Las coseré en forma de banderas, si te parece —sugirió.

—Es una buena idea —aprobó él.

Pasado el mediodía, emprendieron el camino para hincar el primer poste «Trisk» les seguía, corriendo y saltando alegremente en torno suyo.

Encontraron una colina pedregosa a tres kilómetros de distancia. Subieron a la cima y Miguel practicó un hoyo, en el que clavó el poste profundamente, sujetándolo luego con una pirámide de piedras de un metro de altura, a fin de evitar fuese derribado por una inesperada racha de viento.

La bandera roja, amarilla y negra ondeaba al aire. Al terminar, Miguel clavó en el poste, a metro y medio de altura, una tabla terminada en punta. Con un clavo al rojo había escrito un rótulo indeleble:

A 3 KM, SERES TERRESTRES

—Será suficiente —dijo, una vez estuvo listo todo, frotándose las manos.

—Ojalá vengan más supervivientes —dijo Augusta esperanzada —. Podríamos fundar una colonia y, al cabo de los años, aunque muy lentamente, Marte volvería a repoblarse.

Miguel le dirigió una profunda mirada. Ella se ruborizó.

—Vamos —dijo, con un carraspeo—. Prepararemos hoy los dos postes restantes para clavarlos mañana. La lástima es que no podamos colocar un par de ellos más al otro lado del canal.

—No disponemos de embarcación —contestó Miguel—. Y me gustaría tener una, para poder pescar en los ratos libres. Me gusta la pesca, Augusta.

—Eso permitiría un cambio en las comidas —sonrió ella—. Pescado fresco… pero ¿cómo pueden vivir los peces en Marte?

—Tienen un ciclo de vida muy limitado, lo que dura una estación marciana… bueno, quiero decir, desde que empieza el

deshielo, en que nacen los peces de los huevos puesto el año anterior, hasta que se acaba el verano. Entonces, los machos mueren naturalmente, mientras que las hembras suben hacia los polos a desovar. Una vez concluido el desove, mueren también.

—Pero su carne es exquisita —suspiró Augusta—. Y con muy pocas espinas.

—Bueno, un día haré una balsa, me buscaré un palo, un hilo, un cebo y un alfiler doblado y saldré a pescar. ¡Entonces te prometo una sartén entera de truchas marcianas fritas! —replicó el joven con una sonrisa.

Poco más tarde, avistaban la casa. «Trisk» continuaba a su lado.

De pronto, el «setter» empezó a ladrar.

—¡Cuidado! —advirtió Miguel, echando mano a su revólver.

«Trisk» se lanzó por la pendiente hacia el canal. Después de alguna vacilación, Miguel echó a correr detrás del animal.

—Espera —gritó Augusta, corriendo también en pos de joven.

Poco después, Miguel veía que el «setter» se había detenido junto a la orilla del canal, en un punto donde esta formaba un pequeño terraplén casi vertical, de unos dos metros de altura. Entonces, los dos jóvenes, asombrados, vieron unos peldaños de piedra que conducían hasta el agua y, amarrada a la orilla, una lancha a motor.

Augusta palmoteo alegremente.

—¡Ya tenemos embarcación! —exclamó con gran alborozo.

Pero Miguel no reía. Descendió la escalera y saltó a bordo de la lancha, en la que un primer vistazo le indicó era de motor eléctrico, con energía proporcionada por una micropila nuclear.

Examinó atentamente la embarcación, construida para navegar por los canales, en los que, a veces, se perdían de vista las riberas. Una brújula, ajustada al polo magnético marciano, permitiría la orientación en todo momento.

—Voy a probar el motor, Augusta —dijo Miguel.

Dio el contacto, soltó amarras y desatracó, describiendo varios círculos no lejos de la orilla, a distintas velocidades. Luego regresó y lanzó el cabo de amarre, que Augusta cogió con las manos.

—Funciona perfectamente —dijo el joven, cuando saltó a tierra.

Ató la cuerda al poste hincado en un hueco practicado en una de las piedras del pequeño embarcadero. Augusta observó que el ceño

de Miguel continuaba fruncido.

—No pareces muy contento de haber hallado esta barca —comentó.

Miguel la cogió por el brazo.

—Volvamos a la casa —contestó—. Tenemos que hablar muy seriamente.

Ella se asustó.

—¿Qué pasa, Miguel? —preguntó.

—Demasiadas cosas raras —contestó él.

CAPÍTULO IV

ENTRARON en la casa. Augusta estaba ahora más preocupada que el propio Miguel.

—Y bien, ¿qué es lo que tienes que decirme? —preguntó, devorada por la impaciencia.

—Muchas cosas —insistió él—. Por ejemplo, es lógico suponer que el dueño de esta casa y su mujer fueran proyectados por… «ellos», ¿no es así?

—En efecto, eso es lo que yo creo.

—Pero la casa permaneció aquí, incluso con la parra que pronto dará frutos y con las plantas del jardín recién sembrado, que presentará un aspecto espléndido para fines del verano y no digamos para la siguiente primavera. ¿Por qué permaneció la casa y no los dueños?

—Tal vez estaban fuera cuando «ellos» los sorprendieron, Miguel.

—Démoslo por probable, aunque si haces un poco de memoria, sabrás que todo, absolutamente todo: hombres, mujeres, animales, casas, objetos, fábricas, talleres, etcétera, fue proyectado al espacio. Cuando menos, lo que había en los centros urbanos y aun en un extenso radio en torno a estos.

—Sí, es cierto —Augusta estuvo de acuerdo.

—Pasemos por alto la incongruencia que supone el que la casa permanezca y sus dueños no. Pero, veamos, si la casa sigue intacta, ¿dónde hay siquiera un retrato de la señora… Equis?

Augusta se quedó parada.

—Ven —dijo Miguel, cogiéndola por un brazo.

La llevó al salón. «Trisk» les siguió, meneando la cola.

—Ahí tienes una mesa de despacho que, aparentemente, era el lugar de trabajo del señor Equis —continuó el joven—. ¿Dónde está

el retrato de su esposa?

Ella estaba absorta. Miguel le señaló las paredes.

—Ni un cuadro, ni una pintura, ni un calendario —dijo—. Esta casa —continuó—, parece propia de un país mediterráneo, la mayoría de cuyos habitantes, como sabrás, eran católicos. ¿Has visto en los dormitorios un solo crucifijo, un fanal con una Virgen en su interior, un cuadro de santos siquiera?

Augusta no quería rendirse a la evidencia.

—Tal vez el dueño de la casa no quería… no le gustaba… —manifestó aturdida.

—Aguarda, eso no es todo. Ven conmigo.

La llevó al frigorífico.

—Está lleno de conservas. Pero fíjate en las etiquetas: «Carne», «Pescado», «Fruta»… y nada más. No sabes qué va a salir en una lata de carne: si de buey o de cordero… el pescado ignoras qué es hasta que abres la lata y lo mismo pasa con las frutas… Aguarda todavía, Augusta.

Fueron a la cocina. Cogió la botella de vino y la levantó en alto.

—Sin etiqueta. Ni una sola de las que hay en el sótano tiene etiqueta, Augusta.

Ella se dejó caer en una silla.

—¿Qué es lo que tratas de decirme, Miguel? —preguntó desfallecidamente.

—Más cosas todavía. ¿Cómo llegaste aquí?

—No sé. Vine… es todo lo que puedo decir.

—Yo estaba seguro de que encontraría un refugio, no sabía de qué clase, pero un refugio… algo que aliviara la infinita soledad en que me hallaba. Incluso confiaba en hallar semejantes, cosa que ha sucedido.

—A mí también me pasó algo parecido, pero no puedo hablar de fuerza misteriosa que me haya empujado «irresistiblemente» —manifestó Augusta.

—Y, sin embargo, llegaste aquí. También estabas segura de que acabarías por encontrar a algún ser humano.

—Desde luego, pero es que se me hacía materialmente imposible que no hubiese quedado ningún superviviente.

—Pero ¿por qué caminaste precisamente en esta dirección y no en la opuesta, hacia Villa Taña, por ejemplo, que está a cuatro mil

kilómetros al sur?

Augusta calló.

—En tal caso —dijo, pasados unos momentos—, si fui influida por… «ellos», es preciso reconocer que me dieron sus órdenes de un modo muy suave, absolutamente imperceptible, Miguel.

—En eso estoy de acuerdo contigo, Augusta —contestó él—. ¿No pensaste que un perrito, en esta relativa soledad en que nos hallamos, te consolaría muchísimo?

—Sí, desde luego.

—Y luego mencionaste una embarcación. La encontramos.

—Ponme una copa de vino, por favor —pidió la joven, desfallecida.

—Serán dos —replicó él.

Bebieron. El vino les confortó un tanto.

—¿Qué más, Miguel? —preguntó ella, al cabo de unos momentos.

—¿Has estado en el desván?

—No. ¿Qué hay allá arriba?

—Nada. Absolutamente nada, Augusta. Ni siquiera polvo.

—Y eso, ¿qué significa?

—¿Cuándo has visto tú el desván de una casa sin polvo, limpio y totalmente vacío de trastos viejos y en desuso?

Augusta movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Tienes razón —convino.

Miguel encendió dos cigarrillos y le pasó uno.

—Esta casa la han construido «ellos», ignoro con qué motivos —dictaminó con voz firme—. Está construida muy bien, con todos los adelantos en materia de comodidad, con víveres suficientes, con una elegante y sobria decoración, un jardín que dentro de unos meses tendrá un aspecto magnífico, víveres en abundancia… pero le falta el toque personal del dueño. Augusta, imagínate que llegas tú, ves la casa, te gusta y la compras tal como está en estos momentos. ¿No es cierto que antes de una semana ya habrías puesto algunas cosas que, sin duda, habrías echado en falta?

Ella paseó la vista por la estancia.

—Sí, algunos cuadros, búcaros con flores, algún tapetito en los respaldos de los sillones… Pero, Miguel —preguntó, estremecida—, si es cierto que «ellos» nos han traído aquí, ¿con qué objeto lo han

hecho?

El joven se frotó la mandíbula con gesto pensativo.

—No lo sé, no tengo la menor idea, pero sí puedo asegurarte una cosa, Augusta: Pronto vamos a tener compañía.

—¡Cómo! —se sobresaltó ella.

—Así como lo oyes —afirmó él—. No sé cuándo llegarán más supervivientes… mañana, tal vez pasado o dentro de un mes, pero llegarán. Cuando hemos plantado las señales, lo hemos hecho más bien por un sentimiento de posible ayuda que por la seguridad de que viniese alguien. Pero ahora, después de todo lo que hemos hablado, estoy segurísimo de que vendrán. Cuántos, eso es lo que no sé, pero vendrán —concluyó Miguel de modo tajante.

—Te basarás en algo para sentar una afirmación tan rotunda —dijo Augusta.

—Desde luego. El número de dormitorios del piso superior. Hay diez. ¿Para qué tantas habitaciones, si no se van a ocupar?

La joven se quedó silenciosa durante unos momentos.

—Es terrible esto que nos pasa, Miguel —dijo luego—. ¿Qué querrán «ellos» de nosotros? Nadie les vio jamás, no sabemos cómo son ni cuál es su aspecto… solo conocemos los efectos de su arma tan terrible…

—Son muy poderosos, en efecto. La casa es una prueba tangible, Augusta.

Ella movió la cabeza para afirmar, pero no dijo nada.

—Bien —habló Miguel al cabo de unos instantes—, lo que sí me tranquiliza es que no parecen querer hacernos ningún mal. De lo contrario, no nos habrían instalado con todas las comodidades posibles, créeme. Y ahora, si no te parece mal, voy a preparar los dos indicadores que llevaremos mañana al otro lado del canal.

—¿De qué les servirán, si no podemos dejarles ninguna embarcación? —exclamó la muchacha.

—La lancha dispone de una pequeña balsa hinchable, con dos remos, para un caso de emergencia. La dejaremos amarrada a la orilla opuesta.

Aquella noche, Augusta tardó bastante en conciliar el sueño.

Había elegido un gran dormitorio, con chimenea. Unos troncos ardían en el hogar, junto al cual «Trisk» dormitaba tan tranquilo. Apoyada en un codo, la joven contempló las llamas durante largo

rato.

El viento marciano silbaba estremecedoramente fuera de la casa. Augusta pensó en su terrible situación. Ella, Miguel, «Trisk»… y los que viniesen.

¿Y si no llegaba nadie, pese a las manifestaciones positivas de Miguel?

Tendrían que acomodarse a vivir solos los dos. Y entonces, un día, inevitablemente, surgiría un problema que tal vez Miguel, por delicadeza, no había planteado aún.

Si «ellos» no pensaban dar más muestras de hostilidad, Miguel y ella serían el germen de una nueva raza.

—Adán y Eva de Marte —murmuró a media voz.

Luego se soltó el pelo, apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos. A poco, dormía con un sueño tranquilo, sin sobresaltos.

Por la mañana, después del desayuno, partieron en la lancha, llevando los dos postes indicadores, con sus respectivas banderolas y flechas con rotuladas.

La lancha disponía de cuentakilómetros. La anchura del canal resultó ser de veintinueve kilómetros y medio.

Llegaron a la orilla. El paisaje era idéntico al que rodeaba la casa: la misma sensación de desolación y tristeza les envolvía por todas partes.

Clavaron los postes en dos puntos separados por unos cinco kilómetros. Luego regresaron a la embarcación y Miguel hinchó la balsa, que dejó amarrada a la orilla.

Emprendieron el regreso. Miguel se guiaba por las indicaciones de la brújula. La embarcación navegaba a una marcha moderada de doce nudos a la hora.

Hora y media más tarde, se hallaban a un kilómetro escaso de la orilla. Entonces, Augusta dijo:

—Miguel, me parece que has equivocado el rumbo.

El joven arrugó el entrecejo.

—No lo creo. Estoy siguiendo fielmente la ruta que me marca la brújula…

—Sí, pero la casa no se ve.

—Es cierto —murmuró él, perplejo. Lanzó otra mirada a la brújula—. Bueno, derivaremos un poco hacia el Norte.

La derivación fue de ocho kilómetros, que navegaron en

dirección paralela a la orilla y a menos de trescientos metros.

No había señal de la casa. Augusta empezó a sentir miedo.

—Reharemos el camino en sentido inverso —dijo él, cuando estuvo seguro de que, continuando por la misma ruta, no hallarían nada.

Esta vez, dio mayor impulsó al motor. En las quietas aguas del canal, la lancha se deslizaba casi como si dispusiera de patines y navegase sobre hielo.

Miguel observaba cuidadosamente el cuentakilómetros. Además, había reducido la distancia a la orilla a menos de cien metros.

Pasaron por el lugar donde debía hallarse la casa. Siguieron adelante.

Diez minutos después, Augusta dijo:

—No hemos visto el embarcadero siquiera, Miguel.

El joven asintió. Tenía las facciones contraídas.

La lancha navegaba a veinte nudos. Media hora más tarde, Miguel inició una virada en redondo.

Augusta estaba a punto de echarse a llorar. Miguel guardaba un silencio hosco, ceñudo.

De pronto, Augusta lanzó un agudo grito:

—¡Miguel, una luz!

«Trisk» ladró alegremente y meneó la cola. El joven orientó la embarcación hacia aquel punto luminoso.

A los pocos momentos, saltaba a tierra, con el cabo de amarre en las manos. Ató la cuerda al poste y alargó un brazo, para ayudar a la joven a desembarcar.

—Es posible que antes nos haya pasado inadvertido el embarcadero —comentó él—. Vamos.

Emprendieron el ascenso. «Trisk» saltaba y ladraba alegremente en torno a la pareja.

La casa estaba en el mismo sitio, tal como ellos la habían dejado,

—¿Habrá espejismos de ocultación de los objetos en Marte? —preguntó Augusta.

—No lo sé —respondió Miguel—. En todo caso, la casa sigue en su sitio y eso me tranquiliza bastante.

Llegaron a la puerta. Miguel la abrió.

—Encenderé el fuego —dijo, y se dirigió hacia el cobertizo, a fin de traer un buen brazado de leña.

Volvió poco después. Augusta se hallaba sentada junto a la mesa, en la que apoyaba los codos, y tenía la cabeza entre las manos. Parecía sumamente afligida.

Miguel dejó los troncos juntos a la chimenea y corrió hacia ella.

—¡Augusta! ¿Qué te sucede? —exclamó, alarmado.

Ella alzó los ojos y le dirigió una mirada de terror.

—Mira las paredes, Miguel —contestó.

El joven hizo lo que decía. Una interjección de sorpresa se escapó al instante de sus labios.

Colgados de las paredes, había varios cuadros con paisajes y temas terrestres y marcianos.

Miguel corrió a la biblioteca. También allí había cuadros.

En los dormitorios encontró imágenes y estampas de santos y un par de crucifijos. Sintióse abrumado por un terror que llegaba a las lindes de lo supersticioso.

Bajó a la planta. Augusta corrió hacia él y, abrazándosele convulsivamente, gimió:

—¡Miguel, tengo miedo, tengo miedo!

CAPÍTULO V

AUGUSTA no quiso dormir sola aquella noche.

Miguel bajó otro colchón a la cocina y lo situó junto a la chimenea. Toda la noche mantuvo el fuego encendido, levantándose de cuando en cuando para arrojar más troncos al hogar.

El nuevo día les pareció liberar un tanto de los terrores de la víspera. Por la noche, ni siquiera habían cenado, limitándose a tomar un par de copas de vino.

Pero era preciso alimentarse. Miguel fue al frigorífico.

Volvió luego con una bandeja cargada de víveres. Además, traía algunas latas de conserva.

—¿Te sientes mejor? —preguntó a la muchacha.

Augusta movió la cabeza afirmativamente.

—«Ellos» no pretenden causarnos daño —afirmó Miguel—. Es absurdo, por tanto, que sigamos teniendo miedo. Por la razón que sea, desean conservarnos vivos. Pero de una cosa estoy seguro: nos están observando.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Augusta.

Miguel empezó a preparar el desayuno.

—Deja —le quitó ella la sartén de la mano—; quedamos en que yo me encargaría de guisar.

—De acuerdo. Augusta, las latas ya tienen unas etiquetas mucho más detalladas. Hay cuadros e imágenes en la casa. Eso significa, indudablemente, que nos están observando.

—Sí, pero ¿por qué desapareció y apareció luego la casa?

—No lo sé. A menos, claro, que necesiten hacer las cosas de esa manera… que debe de ser su manera, por supuesto.

—Me parece que yo no me moveré de aquí —dijo ella—. No quiero pasar otro susto como el de ayer por la tarde, a la vuelta del otro lado del canal.

—En eso estamos de acuerdo. No nos moveremos de aquí —Miguel encendió un cigarrillo—. Quieren conservarnos vivos, sí, pero ¿por qué nos eligieron precisamente a nosotros?

—Nos salvamos cuando todos fueron proyectados al espacio.

—Sí, es cierto, y doy gracias a Dios por mi buena suerte.

—Entonces pensaron que, ya que estábamos vivos, no debían matarnos, sino, al contrario, debían prolongar nuestra existencia, procurándonos las mayores comodidades posibles.

—¿Para qué, Augusta? ¿Para qué salvarnos a nosotros dos solamente?

—En primer lugar, no podemos saber si hay más supervivientes en Marte. Pero si solo fuéramos tú y yo… Una pareja cuyos componentes fueran del mismo sexo no tendría objeto, según el particular punto de vista de «ellos», claro.

—¿A qué te refieres? —preguntó él ingenuamente.

Augusta ocultó una sonrisa.

—Somos una pareja de distinto sexo, Miguel.

—¡Rayos! —exclamó el joven, abriendo la boca de par en par.

Augusta se volvió, roja como una guinda. Miguel dio un par de nerviosas chupadas al cigarrillo y luego lo aplastó contra un cenicero que estaba seguro no se hallaba en la casa el día anterior.

Al cabo de unos momentos, Miguel habló de nuevo:

—Lo que has dicho supone que…

—Exactamente —afirmó ella—. Pero es un tema que me gustaría dar de lado, al menos, por el momento, Miguel.

—No faltaría más —contestó él.

Se puso en pie y se acercó a la ventana más próxima, con las manos entrelazadas a la espalda.

Augusta y él, pensó. El origen de una nueva raza.

Pero si «ellos» pensaban de tal forma, ¿por qué habían destruido la raza ya existente?

Ni él ni Augusta tenían características especiales, ni físicas ni morales, distintas de los que habían perecido en aquella horrible e insólita catástrofe. Simplemente, se habían salvado porque estaban en un lugar subterráneo, que disponía de una sola salida. Y ahora, ¿debían vivir para originar una raza nueva?

Pasó un largo rato. Al cabo, Augusta rompió el silencio:

—Miguel, el desayuno está listo.

La semana que siguió fue de una gran tensión.

Continuaba la soledad de la pareja. Salían de la casa, pero no pasaban los límites del jardín. Sentían un miedo supersticioso a alejarse más allá de la pequeña valla. Ni siquiera se acercaban a la orilla del canal.

Augusta pareció adelgazar. Tenía los ojos rodeados por unos círculos oscuros.

Miguel hablaba muy poco. Empezó a darse cuenta de que era preciso hacer algo para descargar la tensión existente, no entre ambos, sino en torno suyo.

La joven apenas se distraía ya con «Trisk». Miguel pensó que tenían que solucionar aquel problema que podía conducirles a una neurastenia aguda o quién sabía si a algo mucho peor.

No tenían noticias de la tierra. Habían discutido el tema más de una ocasión, pero habían llegado a la conclusión de que el tercer planeta estaba tan muerto como el cuarto.

—Quizá quede allí otra pareja como nosotros —musitó Miguel, al séptimo día de haber plantado los dos últimos jalones.

—Quizá —convino Augusta con voz opaca.

—Pero no tenemos una astronave para dirigirnos allí y, por otra parte, tampoco yo sabría pilotarla.

—Yo sabría colaborar en su construcción —respondió la joven —. Sin embargo, no soy astronauta.

—Me pregunto qué motivos les habrán guiado a «ellos» para conservarnos la vida…

—No nos la conservaron; la salvamos nosotros —arguyó la joven.

—Es cuestión de matices. Pudieron habernos proyectado luego al espacio. Pero lo que quería decir es lo siguiente: ¿Por qué tú y yo, Augusta? Eres maestra e ingeniero; yo, un simple oficial de policía. En tu caso, aún se comprende; posees unos conocimientos muy necesarios y útiles para… nuestros futuros descendientes. Pero, yo, ¿qué conocimientos puedo transmitirles?

Ella permaneció silenciosa. Miguel se dio cuenta de que Augusta no quería tocar un tema que aún consideraba vidrioso.

Se acercó a la ventana, con un cigarrillo pendiente de los labios. Permaneció así mucho rato.

Las aguas del canal parecieron alterarse de pronto a lo lejos.

Miguel sintió una especie de golpe en el corazón. Esperó cinco minutos.

Pronto adquirió la confirmación de sus sospechas.

—Augusta, ven; se acerca alguien —dijo.

La joven se levantó y corrió hacia la ventana.

—¡Dios mío! —exclamó, poniéndose una mano sobre el seno.

La balsa estaba aún muy lejos y sus ocupantes avanzaban despacio, debido a la propulsión que empleaban.

—¿Salimos a su encuentro? —sugirió la joven.

—Espera —contestó él.

Media hora más tarde, distinguieron a tres personas, dos de las cuales manejaban los remos. La embarcación se hallaba ya a quinientos metros escasos de la orilla.

—Vamos —dijo Miguel, tomándola por el brazo.

Descendieron la pendiente y llegaron al embarcadero. Aguardaron.

La balsa tocó tierra. Un hombre, alto, fuerte, gallardo, saltó al embarcadero y estrechó la mano que le tendía Miguel.

—Bien venido, amigo —dijo el joven—. Me llamo Miguel Devor. Le presento a la señorita Augusta Farries.

El hombre lanzó una mirada de curiosidad hacia la joven.

—Encantado —respondió con voz grave y bien timbrada—. Mi nombre es M’Rik. Estas son mis dos hermanas, V’Lin y C’Lin.

Miguel se quedó atónito al oír aquellos nombres. Ya le había parecido sumamente extraño que el recién llegado viniera acompañado de dos mujeres, jóvenes y hermosas, pero los nombres pronunciados aumentaron su estupefacción en un grado increíble.

Además, los recién llegados, aun poseyendo una perfección física inigualable, tenían la piel oscura, de color tostado, como de canela. Ellas llevaban el pelo negrísimo, como sus pupilas, largo y suelto, que les llegaba hasta la cintura. M’Rik lo llevaba muy corto, casi al rape.

Miguel se esforzó por disimular la sorpresa que sentían.

—¿Vieron nuestros indicadores en la orilla opuesta? —preguntó.

—Sí, desde luego —contestó M’Rik—. Si los pusieron ustedes y dejaron la balsa, muchas gracias.

—Consideramos que era nuestro deber —respondió Miguel gravemente—. Pero vengan, por favor.

Subieron la docena de peldaños de piedra y caminaron hacia la casa. Miguel y Augusta les precedían.

Augusta le dirigió una mirada inquisitiva. Él contestó con una seña que quería decir «paciencia».

Entraron en la casa. Los recién llegados observaron la decoración con curiosidad, pero también con comedimiento.

—Augusta, por favor —dijo Miguel—, llévate a las damas al tocador.

—Claro. Venid conmigo.

Las dos mujeres, altas, esbeltas, graciosas, tan semejantes que casi parecían gemelas, se alejaron con Augusta. Miguel vertió vino en dos copas y ofreció una al recién llegado.

—¿Puedo saber de dónde viene usted, M'Rik? —preguntó.

—Sí. Mis dos hermanas y yo viajábamos en una nave que fue atacada repentina e inesperadamente. Apenas tuvimos tiempo de meternos en las burbujas salvavidas y aterrizar en este planeta. Segundos después del ataque, la nave resultó destruida por completo.

—¿Por quién?

—Lo ignoro —respondió M'Rik—. Nuestra nave disponía de los más perfectos mecanismos de defensa, lo cual, sin embargo, no consiguió evitar su destrucción. Imagino que los seres que nos atacaron debían poseer unas armas muy superiores a las nuestras. En todo caso, nuestra misión era pacífica, de exploración y relaciones con los habitantes de este sistema solar.

Miguel guardó silencio durante unos momentos.

¡Era increíble! ¡Estaba hablando con un ser nacido fuera del Sistema Solar!

—¿De qué mundo provienen ustedes? —preguntó, procurando dar a su voz una entonación natural.

—De un planeta al que nosotros llamamos Elquar, perteneciente al Sistema Solar de la estrella que ustedes conocen con el nombre de Vega —respondió M'Rik.

CAPÍTULO VI

MIGUEL despachó la copa de un golpe. ¡M'Rik había nacido en un mundo situado a veintisiete años luz!

Una cifra mareante en kilómetros, pensó.

—De modo que venían a este sistema nuestro en misión de paz, exploración y relación —dijo.

—En efecto —contestó M'Rik.

—¿Solos los tres?

—Sí.

—¿Por qué tres solamente, dos mujeres y un hombre?

—Las relaciones que pensábamos entablar incluían… —M'Rik sonrió—. Bueno, si esas relaciones se efectuaban de modo satisfactorio, mis hermanas y yo nos habríamos casado con personas de estos mundos. Nuestro gobierno nos designó para el… experimento.

Miguel se sirvió otra copa de vino. La estaba necesitando.

—No cabe la menor duda de que hubiesen encontrado bien pronto sus parejas —sonrió—. Pero debe saber que su misión, al menos por ahora, ha fracasado. Que yo sepa, Augusta y yo somos los únicos supervivientes.

—Conozco la situación —declaró M'Rik—. Estábamos sobre el tercer planeta cuando ocurrió la catástrofe. Entonces, intentamos escapar… incluso llegamos hasta las inmediaciones de este planeta, pero ellos nos dieron alcance.

—Deben de ser muy poderosos —dijo Miguel con acento meditabundo—. Pero ¿qué hacían sobrevolando la Tierra?

—Observar —sonrió M'Rik—. No podíamos aterrizar sin antes conocer bien las costumbres y los principales idiomas del sitio donde debíamos desenvolvernos.

Miguel chasqueó los dedos.

—Eso explica por qué habla español —dijo.

—Exactamente, Miguel.

—¿Y no les vieron nunca?

—No. Invisibilizábamos nuestra nave y ello nos permitía ver y escuchar todo, sin ser advertidos. Poseíamos aparatos perfeccionadísimos, que no solo nos permitían captar las emisiones de radio y televisión, sino hasta las conversaciones de las personas. Incluso, en ocasiones, por la noche, llegamos a descender a lugares habitados y pudimos apoderarnos, en sus bibliotecas, de libros que nos ayudaron a aumentar nuestro caudal de conocimiento.

—La leyenda de los platillos volantes hecha realidad.

—¿Cómo? —se extrañó M'Rik.

—Nada, no tiene importancia —contestó Miguel—. Lo que sí la tiene, y grande, es nuestro régimen futuro, M'Rik.

—¿Qué es lo que quiere decir, Miguel? —preguntó el joven extraterrestre.

—Sencillamente, que tendrán que quedarse a vivir aquí, en Marte.

Miguel no quiso añadir nada más; los problemas que plantearían en el futuro la llegada de los tres jóvenes elquarianos iban a ser peliagudos, se dijo.

—Lo sé, pero tal vez un día podamos construir una astronave que nos lleve de vuelta a Elquar. Y ustedes dos, también, si lo prefieren.

—Tropezamos con muchísimas dificultades, la primera de ellas la obtención de los metales necesarios.

M'Rik sonrió.

—No quisiera parecer pedante, pero es cuestión solamente de tiempo, Miguel —dijo.

Las tres mujeres salieron en aquel momento.

—Me han estado contando lo que les pasó —dijo Augusta.

—Sí —respondió Miguel—. También M'Rik me ha dicho algo al respecto. Pero parece ser que la cosa empieza a cambiar de signo. M'Rik asegura que podrá construir una astronave.

—A costa de mucho tiempo y paciencia —replicó el aludido, sonriendo.

—Ambas cosas no nos faltarán —afirmó Augusta. Miró a Miguel —. ¿Iremos con ellos? —preguntó.

El joven se rascó una mejilla.

—Hombre, no me disgustaría conocer un planeta situado a veintisiete años luz, aunque ese es un problema que habremos de resolver cuando llegue el momento… dentro de varios años terrestres de tiempo, claro.

—Desde luego —convino Augusta.

Miguel se volvió hacia el elquariano.

—M'Rik, ¿a qué distancia aterrizaron ustedes del primer poste indicador que encontraron?

—A unos cuarenta kilómetros, más o menos. Tardamos un día entero en encontrarlo.

—¿Se sentían impulsados a caminar en esa dirección?

M'Rik vaciló un momento.

—No podría afirmar nada al respecto, aunque sí se me ocurrió, una vez hubimos tomado tierra, señalar la dirección oeste. Mis hermanas convinieron conmigo en que era lo más acertado.

Miguel y Augusta se miraron mutuamente.

—No hay duda —dijo el primero—. «Ellos» influyeron sobre las mentes de todos los que estamos aquí, para hacernos llegar a la casa. ¿Recuerdas lo que te dije, Augusta?

—Sí —contestó la joven—. Esperabas que viniesen más y han llegado, aunque nunca me imaginé que pudieran ser gentes de otro sistema solar.

—Eso es lo de menos ahora, Augusta. El origen no interesa; importan las personas… y si M'Rik dice que puede construir una astronave, yo le ayudaré con todas mis fuerzas. Supongo que lo primero que tendrá que hacer será buscar papel para trazar unos planos.

M'Rik sonrió.

—Antes me gustaría realizar unos sondeos geológicos, para determinar la existencia de metales. Es el primer paso… después de construir el detector correspondiente.

Miguel silbó.

—Construir un detector… encontrar metales, excavar, levantar un alto horno, fabricar vidrio, instrumentos… Será una labor de cíclopes.

—¿Cíclopes? —dijo extrañada la hermosa C'Lin.

—Eran unos seres mitológicos, dotados de una fuerza fabulosa,

con un solo ojo en el centro de la frente, que realizaban las tareas más penosas, imposibles de ejecutar por los humanos —explicó Augusta amablemente.

—De todas formas —dijo Miguel—, más que fabricar una astronave para salir de Marte, nos interesaría construir antes otra cosa.

—¿Cuál? —preguntó V'Lin.

—Mis hermanas también poseen vastos conocimientos mecánicos —sonrió M'Rik—. Saben tanto como yo, Miguel.

—Pues no cabe duda de que son tres perlas —dijo el joven con buen humor—. Bien, lo que quise decir es que podrían construir un detector para localizar a… bueno, a los que nos han puesto en esta situación. Una vez lo consiguiéramos, podríamos intentar apoderarnos de una de sus naves, con lo que nos ahorraríamos un trabajo ímprobo y años de tiempo.

M'Rik reflexionó unos momentos.

—Será difícil, pero lo intentaré —aseguró—. Sin embargo, ese plan tiene un inconveniente.

—¿Cuál? —quiso saber Augusta.

—A juzgar por lo que he podido deducir, «ellos» se mueven en una dimensión distinta a la nuestra. En tales condiciones, la localización resultará muy difícil.

—Pero no imposible —dijo Miguel.

—No estoy en situación de afirmar nada —respondió M'Rik.

—Es posible que lo consigamos —intervino V'Lin—. Recuerda que cuando viajamos por el espacio, a distancias superiores a un mes luz, también nos movemos nosotros en una dimensión distinta.

—De lo contrario —añadió C'Lin—, nuestros viajes interestelares tendrían una duración fabulosa.

—¿Cuánto tardaron en llegar de Elquar a la Tierra? —inquirió Augusta.

—Unas semanas, cinco o seis —respondió V'Lin.

Augusta se dejó caer de golpe en una silla.

—Miguel, vino.

El joven le llenó una copa. Después de un sorbo, Augusta dijo:

—Ahora es cuando no dudo que nuestros amigos conseguirán todo lo que han dicho.

—Sí, pero «ellos» disponen de unos poderes fabulosos —alegó el

joven—. Recuerda las cosas que nos han pasado a nosotros.

—Explícaselas, Miguel —rogó Augusta—. Si van a empezar a trabajar, tienen que estar impuestos de todo lo que ha ocurrido aquí.

—Desde luego —contestó Miguel—. Escuchad, amigos…

Más tarde, después de comer, M'Rik y sus hermanas se fueron a la biblioteca. Querían buscar libros que pudieran servirles en sus primeros pasos para la construcción del detector de las naves extrañas.

Miguel y Augusta se quedaron a solas.

—¿Qué te parece, Miguel? —preguntó ella, cuando tuvo la seguridad de no ser oída.

—¿Te refieres a M'Rik y sus hermanas?

—Justamente.

—¿Piensas tal vez que puedan pertenecer a… a «ellos»?

—¿Por qué no, Miguel?

Hubo un momento de silencio. Después, Miguel abrió los brazos y dijo:

—No nos queda otro remedio que resignarnos con lo que la suerte nos depare. Gracias a Dios, hemos salvado la vida y «ellos» no parecen dispuestos a quitárnosla, sino antes bien, quieren ayudarnos. Carezco de poderes telepáticos —siguió hablando— y no puedo, por tanto, penetrar en sus mentes, pero hablando con ellos sentía una sensación muy placentera, de paz y amistad.

—Confiaste en ellos desde el principio —dijo Augusta.

—Exacto. A veces te encuentras con una persona y se te hace antipática instintivamente, sin que sepas las causas. Otras veces, sucede lo contrario.

—Sí, tienes razón. A mí también me pasó lo mismo —Augusta le miró profundamente—. Confiemos en ellos, Miguel.

—¿Y abandonaremos Marte?

Augusta demoró la respuesta un instante.

—Suponiendo que ellos consiguieran construir, o bien apoderarse de una nave, ¿qué otra cosa podríamos hacer tú y yo sino irnos con ellos?

—Pero tal vez hemos sido destinados para iniciar una nueva repoblación del sistema solar —alegó Miguel, haciéndola sonrojarse.

—Como seres humanos, gozamos de libre albedrío —contestó ella—. Las Sagradas Escrituras no contenían nada en contrario respecto al viaje del hombre terrestre a otros mundos. Llegamos a la Luna, a Marte, a los demás planetas del sistema solar… Si este ha quedado desierto ahora, tal vez «ellos» fueron inconscientes ejecutores de la voluntad divina. Por tanto, si nos marchamos con los elquarianos, no cometeremos pecado alguno, creo yo.

—Sí —convino el joven pensativamente—, creo que tienes razón —la miró y sonrió—: Confiemos y esperemos, Augusta.

Ella le tendió una mano.

—Confiemos y esperemos, Miguel.

Pasaron varios días.

Augusta no era celosa, pero había llegado a concebir ciertas prevenciones sobre las hermosas elquarianas. Sin embargo, tanto V'Lin como C'Lin se mostraron prudentes y mesuradas en todo momento, preocupándose únicamente de ayudar a su hermano en el montaje del extraño artefacto que estaban construyendo con los escasos elementos de que disponían en la casa.

M'Rik trabajaba con ahínco, noche y día. Apenas si descansaba más que lo imprescindible, escribiendo constantemente fórmulas que los terrestres no comprendían en absoluto y realizándolas luego de un modo práctico.

El principal elemento que usaba era el cobre, extraído de las conducciones eléctricas de la casa. M'Rik desmontó también uno de los deflectores de arena, que llevó adentro y con el que empezó a trabajar, montando un rarísimo aparato, en forma de pequeño cañón, de tubo corto y ancho, cuyo objeto resultaba en absoluto incomprensible para Miguel y Augusta.

—¿Crees que lograrás detectar las naves enemigas? —preguntó Miguel, una semana más tarde.

—En eso estoy —sonrió M'Rik.

—Supongamos que lo consigues —dijo Augusta—. ¿Cómo harás luego para capturar una de ellas?

—Bien, cuando uno va a pescar, ha de conocer primero la clase de pez y su medio ambiente —contestó el elquariano—. Ignoro si se trata de naves que miden cinco kilómetros de longitud o solo cincuenta metros. Mi actuación posterior dependerá de la clase de astronave.

—¡Cinco kilómetros! —resopló Miguel—. ¡Eso es casi un planeta artificial, pero de los gordos!

—¿Es que hay naves de tan gran tamaño? —preguntó Augusta.

M'Rik movió la cabeza afirmativamente.

—Nosotros llegamos a construir una que medía doce kilómetros de largo por uno y medio de diámetro —contestó.

Miguel se sintió abromado.

—¡Qué civilización, Señor! —exclamó.

—Sí, estamos bastante adelantados en Elquar —admitió C'Lin sin pizca de orgullo.

En aquel momento, «Trisk» ladró agudamente.

Augusta se puso en pie de un salto.

—¡Viene alguien! —dijo.

El «setter» tenía las orejas tiesas y meneaba la cola con gran rapidez. Hubo un momento de indecisión general.

Miguel fue el primero en reaccionar. Cogió el fusil lanzagranadas y se precipitó hacia la puerta.

CAPÍTULO VII

NO se veía a nadie desde la entrada, pero «Trisk» continuaba ladrando.

En vista de ello, Miguel dio la vuelta a la casa. Inmediatamente, divisó a una pareja que se acercaba, caminando con bastantes dificultades, al parecer.

Eran un hombre y una mujer, ambos jóvenes, a lo que parecía, dada la distancia que les separaba de ellos. La mujer se sostenía en el hombre y parecía exhausta.

—¡Salid! —gritó Miguel—. Los que llegan necesitan ayuda.

Augusta y los tres elquarianos salieron de la casa. Miguel entregó el fusil a la joven y corrió hacia los recién llegados.

Ella era morena y bien parecida. Su rostro indicaba claramente las penalidades que había sufrido en los meses anteriores. El hombre, de buena planta, rubio y de aire enérgico, parecía hallarse en mejor estado.

Miguel alcanzó a la pareja y cogió a la joven en brazos.

—Déjeme, amigo —pidió.

—Gracias —contestó el otro con voz fatigada—. Me llamo Ben Clover. Ella es Cassia Torelli.

—No se preocupen más; sus penas han pasado ya —sonrió Miguel—. Sígame, Clover.

Augusta y los demás llegaban en aquel momento. M'Rik pasó un brazo por la espalda de Clover y lo sostuvo casi en vilo.

—Vamos, amigo —dijo—; ya están a salvo.

Momentos después, entraban en la casa. Clover contempló, admirado, la decoración, mientras Miguel depositaba a Cassia en un diván.

—Café y coñac lo primero, Augusta —pidió—. Lo están necesitando.

—Café y coñac —repitió Clover maravillado—. ¿Estoy soñando?

—En todo caso, nosotros estamos soñando desde hace semanas —sonrió Miguel. Se presentó y presentó a los demás, preguntando a continuación—: ¿De dónde vienen, Clover?

—Yo, de Puerto Smith. Cassia vivía en Salybar.

—Y estaban en algún sótano o cosa parecida, cuando ocurrió la catástrofe —dijo Miguel.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—A nosotros también nos pasó lo mismo, quiero decir, a Augusta y a mí. En cuanto a M’Rik y sus hermanas les ocurrió algo distinto, pero ya hablaremos más tarde. Ahora descanse y no se preocupe de más. ¿Un cigarrillo, Ben?

Clover tomó el pitillo con aire asombrado.

—No salgo de mi asombro —dijo—. Esta casa es un palacio, Miguel.

—Aún verá cosas que le extrañarán y asombrarán más todavía, pero, como digo, las explicaciones vendrán después.

M’Rik dijo:

—Creo que usted y Augusta pueden atenderles, Miguel. Nosotros vamos a continuar nuestro trabajo, si no le importa.

—Por supuesto —contestó el joven cortésmente.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Clover, cuando M’Rik y sus hermanas hubieron desaparecido en la biblioteca, que era su cuarto de trabajo—. Parecen negros.

Miguel frunció el ceño.

—Usted es blanco, rubio y anglosajón. No me diga también que es partidario de la discriminación racial, Ben.

Clover se echó a reír.

—¡Oh, por Dios! Fue solo una observación sin importancia. No, no me importa en absoluto su color, Miguel, créame.

—Lo celebro, Ben. Me disgustaría que una cosa tan fútil como la distinta tonalidad epidérmica pudiera separarnos, cuando apenas empezamos a unirnos.

—No fue esa mi intención, se lo aseguro.

—Mejor, pues. Por otra parte, M’Rik y sus hermanas no han nacido en el sistema solar.

Clover se quedó con la boca abierta. En aquel momento, entró Augusta con dos tazas humeantes en una bandeja.

Miguel tomó una y se la ofreció a Clover, mientras Augusta se arrodillaba al lado de Cassia Torelli. Clover chasqueó la lengua después del primer sorbo.

—Miguel, esto es una bendición de Dios —alabó.

—Celebro que piense de ese modo, Ben. Y crea que vamos a necesitar mucho de Su protección —contestó el joven en tono profundo.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Clover.

Miguel volvió los ojos hacia la chimenea. Cassia se había sentado ya y tenía mucho mejor aspecto que a su llegada.

—Se lo explicaré a los dos —dijo Miguel—. Venga aquí, por favor.

* * *

Las predicciones de Miguel acerca de la llegada de nuevos habitantes resultaron exactas.

En las semanas siguientes aparecieron dos hombres más y dos mujeres, todos guiados hasta los postes indicadores por aquella extraña sensación que ninguno sabía explicar satisfactoriamente.

Las mujeres se llamaban Nina McDonnell y Fanny Ouseac, y ambas eran jóvenes y bonitas. Una era químico y la otra doctora en medicina, aunque especializada en pediatría.

—Sin embargo —dijo Fanny, sonriendo—, también sé curar a las personas mayores, en caso necesario.

—El clima de Marte es muy sano —comentó Miguel—. Lo que hace falta es evitar cualquier lesión grave.

Los dos hombres se llamaban Otto Stassen, un teutón de cabeza cuadrada, técnico en comunicaciones, y Dingo, un australiano bajo, rechoncho, hercúleo, piloto de cohete de línea. Dingo era un sujeto muy reservado, taciturno y poco locuaz. Dio aquel nombre y su profesión y no añadió más detalles.

Tres meses después de la llegada de Miguel a la casa, había ya en ella cinco hombres y seis mujeres. Miguel torció el gesto, pensando en que había una mujer sin su pareja. Esto podía provocar conflictos, llegado el momento.

Alguna de ellas podía empezar a coquetear más de lo ordinario, aunque, por el momento, todas se portaban comedidamente. Los roces y fricciones apenas se producían, pero Miguel pensaba que

llegarían de manera inevitable, con el paso del tiempo.

«Si M'Rik y sus hermanas no nos ofrecen pronto la solución», pensó.

Y a fin de prevenir cualquier posible incidente, un día convocó una reunión de todos los presentes, reunión que se celebró en torno a la chimenea, después de la cena.

Miguel se colocó en el centro.

—Amigos —empezó a hablar—, no es preciso que os explique la situación en que nos hallamos, porque todos vosotros la conocéis perfectamente, pero es preciso que plantemos cara a nuestro futuro y más si tenemos en cuenta que ya no vendrán más seres humanos a la casa.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Augusta, tan extrañada como los demás.

—Por la sencilla razón de que todos los dormitorios están ya ocupados —contestó Miguel tranquilamente.

Las palabras del joven produjeron una gran sensación.

—Ese no es motivo suficiente, creo yo —objetó Stassen.

—Yo sí lo creo, aunque, claro, no pretendo pontificar de un modo infalible. Pero todos sabemos que «ellos» prepararon la casa para una determinada cantidad de supervivientes; sabemos también que dispusieron de víveres en abundancia, que pueden durarnos aún dos años, por lo menos… y, otra cosa, por si nadie se ha dado cuenta de ella. La provisión de leña se renueva periódicamente. Yo no voy a cortar troncos a un bosque que no existe ni existió en Marte, al menos, en épocas relativamente próximas, unos cuantos miles de años. La chimenea permanece constantemente encendida y la capacidad del cobertizo no es ilimitada. Deduzcan ustedes el resto.

—Tienes razón, Miguel —convino Cassia Torelli—. Pero, en tal caso, ¿por qué hacen «ellos» una cosa semejante?

—Quisieron reunirnos aquí, esto es obvio. Sin embargo, una vez que lo han conseguido, ignoro sus fines posteriores.

—Ninguno de nosotros ha conseguido verlos —expresó el taciturno Dingo.

—M'Rik está seguro de poder detectarlos. ¿Significa eso que podremos verlos también? —preguntó Miguel al elquariano.

—Quizá —contestó M'Rik con cautela.

—Los veamos o no —siguió Miguel—, debemos trazarnos un plan de acción. No creo que nos hayan reunido aquí para atacarnos y destruirnos; con las armas de que disponen resultaría incongruente. Pero tal vez tienen otros propósitos respecto a nosotros, que pueden no agradarnos.

—¿Qué sugieres? —preguntó Nina McConnell.

—Tal vez llevarnos a su planeta.

Sobrevino un momento de silencio. A nadie se le había ocurrido semejante posibilidad.

—No podríamos resistirnos —dijo la doctora Ouseac lúgubremente—. Sus poderes son harto superiores a los nuestros.

—Es posible —admitió el joven—. Pero quizá, en inventiva, resultemos iguales o superiores a «ellos».

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó Augusta.

—Solo lo que he dicho. Primero hemos de esperar a que M'Rik termine su detector. ¿Falta mucho, M'Rik?

—Un día o dos, todo lo más.

—¿Qué alcance tiene, en tu opinión?

—Ilimitado, pero relativamente.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Clover.

—Pues que podría ocurrir que su nave estuviese a cientos de millones de kilómetros, con lo cual no adelantaríamos nada. Nos interesaría más bien tenerla en los límites de la estratosfera marciana, incluso más baja. Así podríamos observarla con todo detalle y planear el contraataque.

—Si ellos emplean su proyector, no habrá contraataque que valga —gruñó Stassen.

—No lo emplearán —dijo Miguel con voz firme—. De lo contrario, ya no estaríamos aquí. Y no olvidemos que nos hemos reunido porque «ellos» lo han querido así.

—Por la misma razón —alegó Nina McConnell—, no tolerarán siquiera que busquemos el modo de atacarles. Estamos aquí, los últimos supervivientes, y les vamos a servir para Dios sabe qué oscuros fines, los cuales llevarán a cabo cómo y cuándo mejor les parezca.

Miguel se pasó una mano por la garganta, presa súbitamente de una indemne aprensión. ¿Eran los conejillos de Indias de unos terribles y desconocidos experimentos… quizá de vivisección

humana?

Un soplo de viento helado pareció cruzar el ambiente. Hasta las llamas de la chimenea parecieron encalmarse en su continuo bailoteo.

—Sería mejor que nos fuéramos a dormir —aconsejó M'Rik con su voz ponderada de costumbre—. Mañana tenemos mucho que hacer.

—Un momento —dijo Augusta—. En circunstancias de determinada gravedad, los hombres han elegido siempre un jefe o guía, que les oriente en sus acciones y, tras consultar con los demás, disponga lo más conveniente para todos. En nuestra situación, opino que debemos elegir ese jefe, y cuanto antes mejor.

—¿Tienes tú algún candidato? —preguntó Cassia.

—Prefiero que los demás expongan el suyo —contestó la joven, sonriendo—. No quiero que me tachen de parcialidad.

—Bien —manifestó Stassen despacio—, teniendo en cuenta que cada uno de nosotros posee una profesión determinada, opino que el jefe debe ser la persona que, más o menos, ya ejercía la actividad de guiar y corregir a las personas.

—Miguel —dijo Clover. Alzó la mano—. Este es mi voto.

—Miguel — repitieron los demás, alzando igualmente la mano por turno.

—Gracias, amigos —contestó el aludido, cuando todos hubieron terminado la votación—. Decir que trabajaré por el bien de la comunidad sería una redundancia, puesto que siempre lo hice y lo haré. Contad conmigo para todo y… creedme, no daré una orden que no sea encaminada al provecho común y, a ser posible, discutida y aceptada previamente por todos —hizo una corta pausa —: Estamos en un grave peligro —añadió— y debemos poner de nuestra parte cuanto podamos para salvarnos, pero hemos de contar también con la ayuda de la Providencia. ¡Que Dios nos proteja a todos!

—Amén —fue la respuesta general.

La reunión se disolvió poco después. Miguel oyó la voz de Nina McConnell que había intimado bastante con Stassen.

—Otto, no te olvides que después del desayuno iremos a pescar, tal como hemos convenido.

—De acuerdo, Nina. Estaré listo a las siete en punto —respondió

el alemán.

Por la mañana, cuando Miguel estaba terminando su aseo, antes del desayuno, oyó unos gritos agudos en el exterior de la casa.

Cogió la camisa y se la puso rápidamente. Salió a la carrera, tropezándose en la puerta con Nina y Stassen, que regresaban a casa, con las facciones descompuestas por un terror espantoso.

—¡Estamos sitiados, Miguel! —gimió la joven—. ¡No podemos rebasar los límites del jardín!

CAPÍTULO VIII

EN el primer momento, Miguel llegó a creer que Nina y Stassen habían sufrido un ataque de locura.

No se divisaba otra valla que la de madera que enmarcaba el jardín, aproximadamente, a cincuenta metros de la puerta. El aire poseía una transparencia sin igual y el desierto y el canal se divisaban con la claridad de costumbre.

—Es cierto —dijo Stassen—. No hemos podido pasar de la valla, Miguel.

Los gritos de la pareja habían atraído a los demás. Tras algunos segundos de vacilación, Miguel echó a andar por el centro del sendero.

Al llegar a la puertecita de la valla, levantó la aldaba y la echó a un lado. Dio un paso… y algo le repelió con suave pero irresistible fuerza.

Estiró la mano, notando que se hundía en algo blando y elástico, pero totalmente invisible.

Frunció el ceño. La barrera no se veía, aunque estaba allí, elástica, sólida e intraspasable.

Retrocedió unos pasos, dispuesto a realizar una nueva tentativa. Augusta gritó cuando le vio lanzarse a la carrera hacia delante.

A un metro de la valla, saltó, a la vez que agachaba la cabeza. Notó que algo se oponía a su avance con singular tenacidad y durante un segundo se mantuvo en el aire, mientras aquella pared invisible cedía elásticamente, como si fuese una red de mallas de goma.

La comparación era casi exacta. Alcanzado lo que parecía ser el límite de tensión, Miguel fue rechazado de nuevo hacia atrás y acabó por caer al suelo con los pies por alto.

Augusta corrió hacia él, llamándole a voz en grito.

—¡Miguel!

—No ha sido nada —gruñó el joven, poniéndose en pie, a la vez que se limpiaba el polvo—. Salvo que no se puede pasar al otro lado, claro.

Ella estaba muy pálida.

—Miguel, nos han sitiado —dijo, mordiéndose los labios.

El joven se inclinó, cogió una piedrecilla y la arrojó fuera.

La piedra quedó detenida a pocos metros y luego rebotó de nuevo al interior del jardín.

Miguel se volvió hacia los demás.

—Por favor, comprobad si el cerco es total —dijo.

Hombres y mujeres se dispersaron por todos los ámbitos del jardín. Mientras, Miguel entró en la casa y cogió su fusil lanzagranadas.

Uno tras otro, fueron regresando a la entrada. Las respuestas poseían una desalentadora unanimidad.

No se podía salir del jardín. El muro de cristal elástico, si cristal se le podía llamar, les encerraba con tanta seguridad como si fuese de sólido cemento y de varios metros de grosor.

—Voy a realizar una prueba —dijo el joven poco después—. Por favor, vayan todos a la parte posterior de la casa. La explosión de la granada no tendrá nada de agradable.

El grupo obedeció en el acto. Miguel se situó tras una de las esquinas del edificio y, tras apuntar hacia la puerta del jardín, a unos tres metros sobre el suelo, apretó el gatillo.

Tampoco ocurrió nada ni se oyó ningún ruido tras el del estampido del fusil. En cambio, Miguel sí vio claramente materializarse la granada a unos cinco o seis metros más allá del jardín, detenida irresistiblemente por aquel muro invisible, totalmente infranqueable.

La velocidad de la trayectoria del proyectil le convertía en invisible de ordinario. Pero, al ser refrenado, aparecía a la vista.

Luego, la elasticidad de la valla transparente actuó y la granada fue devuelta de nuevo al interior del jardín.

Miguel corrió unos pasos, se agachó y recogió el proyectil, que tenía un calibre de dos centímetros.

El explosivo concentrado que poseía habría bastado para hacer saltar la casa en mil pedazos. Ahora estaba intacto; la espoleta ni

siquiera había entrado en funcionamiento.

Augusta y los demás se reunieron en torno a él, con los rostros llenos de consternación.

—¿Qué haremos? —preguntó la joven, interpretando el sentir general.

Miguel hizo saltar la bala en la palma de la mano.

—Una cosa es segura —dijo—. A menos que nos proyecten hacia lo alto, si nosotros no podemos salir, ellos tendrán que entrar aquí para apoderarse de los que estamos dentro. Y este fusil, creo, funcionará dentro de los límites de esa cúpula que nos envuelve.

—¿Por qué no lo pruebas? —sugirió Stassen

—No, no quiero correr ya más riesgos. Disparé a unos metros de altura, con lo que la explosión, de haberse producido, apenas habría causado daño a la casa. Pero si hago fuego en dirección al pie de la valla de madera, es posible que la trepidación resquebraje las paredes e incluso hunda alguna de ellas.

—Entonces ¿hemos de esperar? —preguntó Cassia.

Miguel volvió los ojos hacia el elquariano.

—M’Rik tiene la palabra —dijo.

—Mañana tendré listo el detector —prometió M'Rik en tono grave.

Augusta se rehízo con prontitud.

—Bien, las mujeres, a la cocina —exclamó—. Por ahora, parece que «ellos» nos dejan continuar aquí, de modo que sigamos con la vida normal que llevábamos hasta ahora.

Las palabras de la joven eran un tanto optimistas. El cambio de situación había llenado de sombras el ánimo de todos los presentes.

El día transcurrió con gran lentitud. Apenas hablaban; casi no se oían otra cosa que monosílabos.

Se habían habituado hasta cierto punto a la nueva vida y reinaba buen humor entre todos, generalmente, pero el convencimiento de que estaban encerrados había acallado las risas y cortado las ganas de hablar. De cuando en cuando, alguno salía de la casa, cruzaba el jardín y se acercaba a la puerta de madera.

El resultado era siempre el mismo: no se podía pasar más allá de la valla pintada de blanco.

La noche transcurrió en idénticas condiciones. Por consejo de Miguel, se establecieron turnos de vigilancia, que fueron llevados a

cabo por parejas. El nuevo día alumbró caras contraídas y pálidas en su mayoría.

M'Rik: y sus hermanas se habían pasado trabajando la noche entera. Al amanecer, anunciaron que el detector estaba listo.

Los elquarianos sacaron el aparato al jardín. El deflector, uno de sus principales elementos, consistía en un tubo largo de metro y medio por veinticinco centímetros de grueso, empalmado por un cable conductor a una toma de corriente de la casa.

Miguel vio también unas extrañas rejillas de alambre de cobre, a modo de antenas de radar, aunque mucho más pequeñas, y una especie de pantalla de observación, que los tres hermanos habían construido parcialmente con cristales tomados de una de las ventanas y tratados de un modo que solo ellos sabían. Asimismo divisó un largo y delgado tubo, semejante un pequeño telescopio, adosado paralelamente al tubo principal, y unas cuantas esferas indicadoras, con signos que le resultaron del todo incomprensibles.

M'Rik puso el aparato en funcionamiento. Oyóse un tenue zumbido y las agujas de las esferas empezaron a oscilar.

El detector había sido montado sobre un soporte de cuatro patas, hecho con maderas tomadas del cobertizo. M'Rik manejaba cuidadosamente los mandos del aparato, observando de cuando en cuando a través del telescopio.

La pantalla se iluminó, mientras las rejillas giraban a la velocidad de tres vueltas por minuto. Sus giros eran reflejados en la pantalla, en donde se veían dos rayas luminosas, separadas entre sí por unos pocos centímetros.

De pronto, una chispa centelleó en la pantalla. M'Rik manejó una ruedecilla y el tubo grande apuntó casi vertical hacia arriba.

Entonces ocurrió un extraño fenómeno.

«Trisk» ladró agudamente.

—¡Calla, «Trisk»! —ordenó Augusta.

El perro no calló, aunque atenuó algo el volumen de sus ladridos. Miguel y los demás vieron que brotaba del cañón una especie de rayo oscuro, no negro, pero sí de un gris muy acentuado, que subía hacia arriba con velocidad lumínica.

Un grito brotó de repente de todas las gargantas.

—¡Ahí está la nave!

El aparato enemigo se hizo visible.

Brillaba en la oscuridad producida por los extraños rayos emitidos por el cañón y parecía construido por entero de plata.

Tenía una forma esférica, con algunas protuberancias redondeadas, que podían apreciarse fácilmente, pese a la distancia. El tamaño era colosal.

—¿A qué altura está, M'Rik? —preguntó Miguel.

—Ocho mil metros, más o menos.

—Entonces, tiene un diámetro de…

—Quinientos metros, diría yo.

De pronto sonó un grito agudo.

—¡Está cayendo!

La esfera osciló ligeramente en el aire. Perdió altura con relativa lentitud durante algunos segundos y luego se precipitó hacia el suelo a inenarrable velocidad.

—¡Todos a tierra! —gritó Miguel.

La esfera caería a cinco o seis kilómetros, calculó. Pese a que no fue de los últimos en tenderse en el suelo, la curiosidad pudo más que él y mantuvo la cabeza erguida.

La esfera no cayó en tierra firme, como habían pensado, sino en medio del canal. Una enorme oleada de espumas saltó a lo alto.

Miguel empezó a incorporarse. De repente, un gigantesco chorro de fuego y vapor brotó del lugar donde había caído la esfera. El joven se tendió de bruces otra vez.

La columna de fuego y agua vaporizada alcanzó una altura increíble. Al mismo tiempo, una gigantesca oleada se desplazó hacia la orilla con terrible ímpetu.

La cresta de la ola alcanzaba treinta o cuarenta metros. Sonaron gritos de terror, sobre todo entre las mujeres.

Miguel contempló, fascinado, el avance de la enorme ola, que parecía la consecuencia de un maremoto. Era un muro líquido, liso aparentemente en su seno, pero hirviente y destructor, sobre todo en las inmediaciones de la cresta en continua agitación.

La ola llegó a tierra y siguió su avance. Miguel sintió que una mano se crispaba sobre él.

Pero, de repente, una loca esperanza anidó en su espíritu: ¡iban a salvarse!

—¡Nos salvamos! —gritó.

La ola chocó contra la valla invisible, se esparció a los lados y

por arriba y continuó su camino, respetando la casa y el jardín. Entonces, los sitiados pudieron ver claramente la perfecta conformación hemisférica del muro invisible que, si bien les prohibía salir, en aquella ocasión les había salvado la vida.

El ímpetu de la ola cedió y se inició el lógico reflujo. Cuando las aguas hubieron vuelto a su cauce, solo una nube de vapor quedaba en el lugar donde había caído la extraña astronave.

—Miguel —preguntó Augusta, pasados aquellos momentos de angustia—, ¿cómo supiste que nos íbamos a salvar? Yo creí que la ola arrastraría la valla invisible….

—Una ola de semejante tamaño empuja siempre por delante de sí una masa considerable de aire. No sentíamos la presión lógica en tales circunstancias —repuso el joven.

CAPÍTULO IX

PERO la cúpula seguía en el mismo sitio.

Continuaban encerrados, aunque su optimismo parecía un tanto más crecido que el día anterior.

Los comentarios fueron para todos los gustos. Sin embargo, nadie logró hallar una explicación congruente para el extraño fenómeno.

Miguel intuyó que M'Rik sabía más de lo que aparentaba. Buscó una ocasión propicia y, cuando los demás estaban distraídos, llamó a la puerta de la biblioteca, donde M'Rik proseguía sus trabajos, en unión de sus hermanas.

C'Lin abrió la puerta.

—Quiero hablar con vosotros —expresó el joven.

—Muy bien —accedió la hermosa elquariana.

Miguel cruzó el umbral. M'Rik y V'Lin estaban inclinados sobre el aparato, revisándolo, al parecer.

—M'Rik, Miguel quiere hablarte —dijo C'Lin.

El joven se enderezó.

—Te escucho —contestó.

—Voy a hacerte algunas preguntas, M'Rik —manifestó Miguel—. Te agradecería me las contestases, por el bien de todos.

—De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

Miguel indicó con la barbilla el aparato.

—¿Cuáles son los efectos que produce ese artefacto? —preguntó —. Aparte de los que ya hemos visto, naturalmente.

—Es un proyector de luz subespacial, entre otras cosas —respondió M'Rik.

—Eso significa que ese chorro que parecía de luz oscura era…

—Exacto: un trozo del subespacio alumbrado por mi aparato.

—Y por medio del cual descubriste la nave enemiga.

—Tú mismo pudiste verlo.

Miguel se sentó en un ángulo de la mesa.

—Conseguiste detectarla y hacerla visible —dijo—. Pero la valla sigue en su sitio.

—Imagino que debe de haber, al menos, otra nave en las inmediaciones, que es la que mantiene la cúpula sobre nosotros. Esta debía de encontrarse más próxima, supongo, para una observación digamos directa.

—Entiendo. Pero ¿por qué cayó a los pocos instantes de haberla captado con el detector?

M'Rik se frotó la mandíbula.

—Se me ocurren varias hipótesis, Miguel, aunque solo una de ellas parece tener cierta consistencia.

—Muy bien, adelante.

—He oído hablar mucho de la forma en que las personas y los objetos fueron proyectados al espacio —dijo M'Rik—. Pero mis hermanas y yo hemos discutido largamente sobre el particular y hemos llegado a la conclusión de que solo se trata de una apariencia.

—¡Una apariencia! —resopló el joven—. Yo mismo fui lanzado contra el techo de una caverna. Aún creo que me duelen los huesos del golpe, M'Rik.

El joven elquariano sonrió.

—No fuiste proyectado hacia arriba, Miguel, sino «aspirado». Lo que sucede es que el techo de la caverna cortó tu «viaje», por así decirlo.

—No te entiendo —contestó Miguel, desconcertado.

—Perdiste tu peso de pronto, eso es lo que pasó… lo que les pasó a todos.

Miguel abrió la boca de par en par. Ahora comprendía.

—¡Dios mío! —exclamó, aterrado.

—Justamente lo que piensas —intervino V'Lin, sonriendo—. «Ellos» crearon numerosos campos antigravitatorios y os lanzaron… bueno, lanzaron a los demás al espacio.

—Es terrible —murmuró Miguel—. No se me había ocurrido esa hipótesis.

—Parece ser una cosa cierta —añadió C'Lin—. No cabe otra explicación.

—Un cuerpo que pierde su peso de repente, es lanzado al espacio —dijo Miguel en tono pensativo—. Parece que es proyectado, pero, en realidad, es más bien «aspirado»… por la fuente que crea el campo de gravedad nula.

—Así debió de ocurrir —convino M'Rik.

—Y después de la caída de la nave —agregó V'Lin—, tenemos más bases sólidas en las cuales apoyarnos.

—Explícate, por favor —pidió el terrestre.

—Quiero que recuerdes una cosa —dijo V'Lin—. La nave osciló primero, perdió altura lentamente y luego cayó con una velocidad terrible,

—Sí, es cierto.

—Esa velocidad de caída era muy superior a la normal. Aunque se trataba de una nave enorme y su peso debía de ser de cientos de miles de toneladas, es preciso contar con la atracción de Marte, un tercio de la terrestre, según sabes, creo.

—Sí, continúa.

—Pues bien, la velocidad de caída de la nave era, por lo menos, doble de la que hubiese tenido al caer libremente…

—Imagínate —terció M'Rik— a esa nave perdiendo de pronto su sustentación. Hubiera caído, pero no de la forma en que la vimos todos, que más bien parecía disparada hacia abajo.

—Es cierto. ¿Y… qué más?

M'Rik palmeó la culata de su extraño cañón.

—Creo que este aparato causó ciertos efectos en los sistemas sustentadores de la nave.

—Invirtiendo diametralmente su acción —agregó C'Lin.

—¡Claro! —exclamó Miguel—. Y entonces, la bola cayó como un proyectil.

V'Lin movió la cabeza afirmando.

—«Ellos» debieron de intentar detener la caída —dijo—. Al principio, pareció que lo lograrían, pero los efectos de nuestro detector debieron de descomponer sus sistemas gravitatorios, invirtiendo su acción, y la nave se precipitó hacia abajo.

—Fue una explosión de las gordas —comentó Miguel, sonriendo.

—El canal atenuó bastante sus efectos —opinó C'Lin.

—Bien, y ahora, ¿cuáles son vuestras intenciones? —preguntó el joven.

—¿No lo comprendes? —respondió M'Rik—. En lugar de atraer hacia nosotros a las naves enemigas, lo que haremos será expulsarlas al espacio… o al subespacio, tanto da, reinvirtiendo los efectos del detector.

—Arrojarlas de Marte.

—Así es.

Miguel se quedó pensativo durante unos momentos.

—Sería una cosa maravillosa —dijo—. Así les demostraríamos que nosotros también sabemos pelear cuando es necesario… pero no entiendo por qué arrasaron este sistema solar.

—¿No lo comprendes? —dijo C'Lin—. Sencillamente, «ellos» quieren aposentarse aquí, eso es todo.

Miguel apretó los labios.

—¡Y para eso exterminaron a varios miles de millones de personas! —dijo con rabia en su voz—. ¡No tienen perdón, malditos!

—Eso no es lo peor —habló M'Rik—, al menos desde nuestro particular punto de vista de supervivientes, sino lo que quieren hacer con nosotros.

—Sí —dijo Miguel—. ¿Qué es lo que quieren hacer con nosotros?

Los tres elquarianos permanecieron callados.

—Lo siento —dijo M'Rik, pasados algunos segundos—. No tengo la menor idea.

Miguel le puso una mano en el hombro.

—No te preocupes. La situación es mala, aunque no debemos desesperar en absoluto —miró a las muchachas y sonrió—. Creo, por otra parte, que tus hermanas encontrarán lo que vinisteis a buscar.

V'Lin y C'Lin se sonrojaron.

La primera parecía sentirse particularmente inclinada hacia Ben Clover. C'Lin, en cambio, daba muestras de aficionarse al taciturno Dingo, al que, por otra parte, la hermosa elquariana parecía volverle un poco más locuaz cuando estaban solos.

M'Rik, en sus ratos de descanso, hablaba frecuentemente con la doctora Ouseac. La inclinación, en este caso, parecía asimismo mutua.

Miguel salió de la estancia poco después.

Augusta le buscó algo más tarde.

—Has estado bastante rato en la biblioteca —dijo.

—Sí. Conversé extensamente con M'Rik y sus hermanas.

—¿Acerca de…?

Miguel le relató la conversación. Al terminar, Augusta se quedó muy pensativa.

—Sería hermoso que pudiéramos derrotarles —dijo al cabo.

—Pero muy difícil.

—Tal vez ellos no se esperaban un contraataque semejante.

—Es posible. Pero, en tal caso, ¿por qué no actúan de nuevo?

Augusta le enseñó las palmas de las manos.

—¿Cómo contestar a esa pregunta? —dijo desanimado.

Los ánimos parecían algo más optimistas, pero la tensión proseguía, sin embargo. Varias veces hicieron la prueba con resultado negativo: el encierro continuaba.

—¿Hasta cuándo van a tenernos aquí? —preguntó Cassia de pronto, durante la cena.

—Pregúntaselo a ellos —dijo Fanny.

—Ojalá pudiera —contestó Cassia.

Miguel habló:

—M'Rik está trabajando. Debemos confiar en él y sus hermanas. Todos vieron el éxito que consiguieron con su aparato.

—Sí, pero solo destruyeron una nave —dijo Cassia en tono un tanto desdeñoso.

—Que yo sepa —manifestó el silencioso Dingo—, es la primera vez que ocurre una cosa semejante.

—Lo cual puede calificarse como de auténtico triunfo —añadió Miguel—. Y no cabe duda de que, si dispusiéramos de mejores medios, la derrota de «ellos» sería total.

La discusión quedó zanjada en este punto.

Por la mañana, Miguel despertó cuando alguien irrumpió casi violentamente en su dormitorio.

Era M'Rik. Miguel se extrañó del aspecto que ofrecía el elquariano, de ordinario mesurado en sus acciones y palabras.

M'Rik tenía el rostro palidísimo. Miguel temió algo grave al verle.

—¿Qué sucede? — preguntó.

—Mi detector — contestó M'Rik—. Está destrozado.

CAPÍTULO X

DESDE la puerta de la biblioteca, Miguel contempló sombríamente el poco agradable espectáculo que ofrecía el aparato, convertido en una ruina.

C'Lin, sentada en una silla, lloraba en silencio. V'Lin, a su lado, en pie, parecía mantenerse más serena, aunque también tenía los ojos húmedos.

Miguel se volvió hacia el elquariano.

—¿No has oído ningún ruido durante la noche, M'Rik? —preguntó.

—En absoluto, Miguel.

Detrás de ellos se oían los rumores de los otros, que comentaban excitados el suceso.

—Han sido «ellos» —dijo una voz, a cuyo dueño no pudo identificar Miguel.

—No lo creo —respondió Augusta—. Si de verdad hubieran querido dañarnos, les habría resultado muy fácil destruirnos a todos.

«Trisk» parecía presentir algo, porque gemía lúgubremente. Augusta lo tomó en brazos y le acarició para calmarlo.

Miguel cruzó la estancia y se acercó a una de las ventanas. El examen de esta y de la siguiente no le proporcionó ningún dato positivo.

Una súbita sospecha se infiltró en su mente.

Volviéndose hacia los demás, dijo:

—No quiero acusar a nadie en particular, pero el enemigo está dentro. Alguno de los presentes fue el que destrozó este aparato.

Unos y otros se miraron mutuamente, en silencio. De pronto, Stassen exclamó:

—¡Si sospechas de alguien, pronuncia su nombre!

—Lo diría si tuviese una mínima base para acusar a alguno —manifestó Miguel con voz firme—. Pero no cabe la menor duda de que este destrozo fue causado por alguno de nosotros… y concedo que se me considere a mí tan sospechoso como a cualquier otro.

—Eso significa que hay un traidor en la casa —dijo Cassia.

—Si traición es ayudar a los que han destruido el sistema solar, la respuesta es afirmativa.

—Miguel —dijo Augusta—, tú eras policía. ¿Por qué no investigas?

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por dónde empiezo? No hay rastros…

—Interróganos por turno. Alguno se levantó durante la noche, llegó a la biblioteca y destrozó el aparato. Confronta las declaraciones y hallarás al culpable, sin duda.

—¡Y si aparece, que muera! —gritó Clover.

Hubo un movimiento de retroceso general. Los sitiados empezaron a mirarse con desconfianza.

Miguel alzó las manos.

—La idea de Augusta es buena, pero podría no dar resultados. Cada uno de nosotros duerme en habitaciones separadas. Los centinelas vigilan solamente el exterior, pero no el interior. El culpable argüirá siempre que él dormía en el momento en que se produjo el hecho. No dispondrá de una coartada, pero tampoco nadie podrá probarle que lo hizo.

—Entonces ¿vamos a dejarlo todo como está? —preguntó Dingo.

—No, en absoluto. M'Rik y sus hermanas volverán al trabajo. Reconstruirán el aparato y la biblioteca estará continuamente vigilada cuando ellos están fuera. No hace falta vigilancia en el exterior; si «ellos» quieren exterminarnos, pueden hacerlo instantáneamente y sin necesidad de acercarse a la casa. Por tanto, es el interior lo que debemos vigilar… y por parejas. Cada vez que una de ellas sea relevada, la otra comprobará que todo sigue en orden. De este modo, si hubiera un nuevo destrozo, se sabría inmediatamente quién es el culpable.

La sugerencia de Miguel fue aceptada por unanimidad.

M'Rik dijo:

—Me costará mucho construir un nuevo aparato. Ahora estoy muy escaso de materiales.

Miguel se acarició la mandíbula con gesto pensativo.

—Si pudiéramos salir de la casa… —murmuró.

—¿Qué harías? —preguntó Augusta.

—Había una ciudad a mil doscientos kilómetros de distancia. El tiempo no cuenta para nosotros.

—¿Qué quieres decir, Miguel?

—Dos podríamos ir a Salybar, que era la ciudad más cercana. Solo lo que había en la superficie voló al espacio. Pero apenas habrá casa que no tenga un sótano… y en los sótanos hay muchas cosas valiosas.

—Mil doscientos kilómetros son cuarenta y ocho días a pie, ida y vuelta, sin contar los de descanso forzoso… y los que pierdan allí la pareja que vaya a buscar lo necesario. Dos meses, Miguel —dijo Augusta, en tono desmayado.

—Por eso mismo creo que debemos empezar cuanto antes —exclamó el joven con vehemencia.

—¡Pero no podemos salir de la casa!

Miguel volvió los ojos hacia M'Rik.

—¿No se te ocurre a ti ninguna idea para romper la esfera transparente? —preguntó.

—No es tal esfera, sino más bien un campo de fuerza —respondió el elquariano—. Necesitaríamos una cantidad fabulosa de energía para contrarrestar sus efectos.

—Y las granadas son inútiles —murmuró Miguel, mordiéndose los labios.

Se acercó a la ventana y miró hacia fuera. De repente, una idea brilló en su imaginación.

—Creo que ya he hallado la solución —dijo.

—Habla, Miguel —pidió Augusta con ansia.

—Podemos salir, en efecto, pero «ellos» nos están observando. M'Rik, ¿no habría algún modo de eludir esa observación?

El elquariano reflexionó unos instantes.

—Antes de ocho días, con los medios tan limitados de que dispongo, no puedo construir los invisibilizadores individuales, y aun así, no es seguro que den resultado.

Miguel le palmeó las espaldas.

—¡Manos a la obra, M'Rik! Tú y yo iremos a Salybar y traeremos todo lo que necesitemos para combatir a esos miserables.

—¿Se estarán quietos todo ese tiempo? —preguntó Augusta.

—No tenemos otro remedio que correr todos los riesgos que sean necesarios. Hemos sobrevivido una vez; tenemos que intentar sobrevivir la segunda —afirmó el joven con rotundo énfasis.

* * *

La partida se demoró el doble del tiempo prometido por M'Rik.

El día elegido para la marcha, Miguel y M'Rik, en unión de Augusta, que quería permanecer junto al primero hasta el último momento, bajaron al sótano de la casa.

Había una puerta en uno de sus extremos. Miguel la abrió y se encontraron en el cuarto donde se alojaba el pequeño reactor nuclear que proporcionaba energía a la casa.

Miguel bajó el interruptor general. Las luces se apagaron en el acto, quedando encendidas tan solo las de emergencia, que funcionaban con una batería auxiliar.

Al otro lado del cuarto había una puerta más pequeña, cerrada herméticamente. Miguel hizo girar la rueda de cierre y abrió la puerta.

Un tubo, de unos sesenta centímetros, apareció ante su vista. Miguel sonrió satisfecho.

—No sé cómo no se me ocurrió antes —dijo—. Bien, M'Rik, cuando quieras.

—Miguel —dijo Augusta.

El joven se volvió. Ella le echó los brazos al cuello.

—Vuelve, por favor. Estaré aguardándote con impaciencia —murmuró a su oído.

Miguel la besó tiernamente en una mejilla.

—Regresaremos —prometió.

Y se introdujo en el tubo, en el que ya M'Rik le había precedido.

Los dos hombres reptaron durante algunos minutos. Al fin, sintieron el aire fresco y húmedo de la vecindad del canal.

Momentos después, se hallaban en el exterior. Miguel respiró a pleno pulmón.

—¡Esto parece otra cosa! —exclamó, satisfecho.

Las estrellas brillaban fríamente en el cielo sin nubes. Miguel se sintió optimista con respecto a su futuro.

Miró hacia la casa. Una tenue fosforescencia plateada, en forma de semiesfera, cubría el edificio.

Ajustaron los invisibilizadores. Miguel dejó de ver a M'Rik en el acto.

—¿Dónde estás, M'Rik? —preguntó.

—Aquí. Sígueme, Miguel.

Los dos hombres rompieron la marcha.

—Cincuenta kilómetros diarios, no lo olvides —dijo Miguel.

—Tenemos buenas piernas —replicó M'Rik.

Pasaron a poca distancia de la casa, cuyas luces, salvo la de la biblioteca, permanecían apagadas. Momentos después, llegaban a la cumbre de la loma y emprendían el descenso de la pendiente.

Los días fueron desfilando monótonamente. Hora tras hora, día tras día, sin tomarse más que los descansos imprescindibles, los dos hombres continuaban su camino sin desmayo.

El silencio les envolvía en su totalidad. Marte había iniciado una era de prosperidad cuando sobrevino la catástrofe.

De nuevo volvía a ser el mundo muerto que encontraron los hombres de la tierra en su primer desembarco. Desde entonces, habían pasado doscientos años y la floreciente civilización marciana se había extinguido de un soplo brutal y salvaje.

Cuando faltaban ya, según los cálculos de Miguel, un día o dos para llegar al emplazamiento de Salybar, el joven concibió una idea.

La consultó con M'Rik.

—¿Qué te parece? — preguntó.

El elquariano dudó unos momentos.

—El riesgo sería infinitamente mayor —dijo luego.

—Pero compensaría —adujo Miguel, en apoyo de su idea.

—Tal vez… si les conociéramos en persona, si supiéramos cómo son, altos, bajos, grandes, flacos, con tentáculos… si son capaces de vivir en una atmósfera como la nuestra; si conociéramos las armas menores que pueden emplear… De lo contrario, el riesgo repito, sería grandísimo.

Pero Miguel no quería desechar del todo su idea.

—Veremos —contestó—. Llegado el momento, tomaremos la decisión más conveniente.

Dos días después, empezaron a ver señales de la que no mucho antes había sido una próspera ciudad de ciento veintisiete mil habitantes, desaparecida por completo en el espacio.

—Había un astropuerto en Salybar —dijo Miguel—. Vamos a ver qué encontramos en él.

Había sótanos en lo que fuera el astropuerto y encontraron infinidad de cosas valiosas.

Pero el hallazgo que más satisfizo a los dos hombres fue un tractor de tamaño medio, con ruedas todo terreno, guardado en un garaje subterráneo, susceptible de alcanzar hasta cien kilómetros a la hora en lugares favorables y con capacidad para una decena de toneladas de carga.

CAPÍTULO XI

LOS días se hicieron interminables para Augusta.

El cerco continuaba. No les faltaban alimentos, ciertamente, pero los sitiados empezaban a dar señales de claustrofobia.

Estallaron un par de disputas, que causaron algunas descalabraduras, aunque, por fortuna, no pasaron a mayores.

Una de las peleas fue originada, consciente o inconscientemente, por Cassia, que parecía poner cerco a Stassen. Nina se sintió celosa y protestó de manera no muy correcta.

Las dos mujeres se enzarzaron en una pelea. Stassen quiso separarlas y lo mismo hizo Clover, pero el primero realizó un gesto que Clover tomó por ofensivo y los dos hombres se golpearon mutuamente.

La calma sobrevino por fin. Stassen y Clover reconocieron su error y, avergonzados, se dieron la mano, prometiéndose ser más comedidos en el futuro.

Nina quiso reconciliarse con Cassia, pero esta la rechazó con gesto hosco. A Augusta no le agradó la actitud de la hermosa morena y cuando quiso hacerle ver lo improcedente de su forma de actuar, Cassia la rechazó también de mala manera y con no poca altanería.

Eran consecuencias del prolongado encierro, que excitaba los nervios, dictaminó Fanny Ouseac. No obstante, los últimos incidentes parecieron descargar un tanto la tensión que reinaba en la casa.

Pasado un mes, Augusta empezó a salir a diario de la casa para mirar hacia la colina. Calculaba que Miguel y M'Rik estaban a punto de abandonar Salybar.

Aún tardarían casi cuatro semanas en llegar. Rogó porque no les ocurriese nada.

Pero al atardecer del segundo día, vio algo que hizo dilatar sus ojos increíblemente.

—¡Salid todos! —gritó—. ¡Mirad, mirad!

Hombres y mujeres se atropellaron al oír los gritos de la joven. Incluso V'Lin y C'Lin abandonaron sus trabajos y corrieron al exterior.

Un tractor, con ruedas de dos metros de altura y uno de grueso, especiales para terrenos abruptos y sin carreteras, se hallaba en la cima de la colina. En lo alto del vehículo, dos hombres agitaban frenéticamente sus brazos.

El tractor estaba cargado hasta los topes, parecía. Segundos después, iniciaba el descenso y antes de un minuto se hallaba parado frente a la fachada principal de la casa.

Miguel y M'Rik saltaron de la cabina y corrieron hacia la valla del jardín. El muro de fuerza les detuvo a poco.

—No podemos pasar —gritó Miguel.

Augusta se quedó pasmada.

—¡Cielos! ¡Estamos oyendo tu voz! —exclamó.

Miguel se quedó atónito durante unos segundos.

A su lado, M'Rik sonrió comprensivamente.

—Debe de haber alguna serie de pequeñísimos orificios, invisibles, claro, en la cúpula que os encierra —explicó—. De lo contrario, hace tiempo que el aire contenido en la misma se habría agotado ya. Hace meses que diez o doce personas están respirando bajo esa cúpula y el espacio es más bien limitado.

—Sí, tienes razón —contestó Augusta—. Bueno, ¿qué habéis traído? ¿Dónde encontrasteis el tractor?

—Preguntas demasiado —replicó el joven—. Luego hablaremos más extensamente.

—¿Cuándo vais a entrar? —quiso saber Clover.

—Antes vamos a hacer una prueba —respondió Miguel—. ¿Vamos, M'Rik?

—Sí —contestó el elquariano.

Regresaron al tractor. Momentos después, los sitiados les veían sacar un aparato de forma singular y bastante pesado, no obstante el tercio de gravedad marciano.

—¿Qué es eso? —preguntó la doctora Ouseac.

—Una pala mecánica, con batería propia —respondió Miguel.

Realmente, más parecía una perforadora, con una especie de aspirador que lanzaba fuera la tierra removida. Pero sus efectos eran los mismos que conseguiría una excavadora de pequeño tamaño.

—¿Crees que perforarás el muro de fuerza? —preguntó Augusta.

—No voy a perforar la cúpula —contestó Miguel.

La pala mecánica disponía de unas ruedas pequeñas que permitían su fácil manejo. Miguel buscó un sitio adecuado y puso en funcionamiento el aparato.

El trépano mordió el suelo a gran velocidad. La aspiradora lanzaba a un lado la tierra removida.

Pronto empezó a bajar el nivel del suelo junto a la valla del jardín. Lenta, pero Miguel continuó la excavación.

—Hay para unas cuantas horas todavía —anunció—. Quiero hacer un túnel lo suficientemente grande para poder pasar con el tractor sin el menor obstáculo.

—Primero debieras probar si podemos pasar nosotros —sugirió M'Rik.

—Tienes razón —contestó el joven.

Hizo un hoyo de dos metros de profundidad justo al pie de la valla de madera blanca. Luego empujó la pala hacia delante.

Por un momento, llegó a temer que se detendría. Pero el trépano continuó girando a toda velocidad.

—¿Lo ves, M'Rik? —exclamó, lleno de satisfacción—. El borde inferior de la cúpula se ajusta exactamente al suelo, no profundiza en él, como temías.

Sonaron gritos y vítores de alegría. ¡El cerco estaba roto!

—¡A ver —gritó Clover—, que alguien traiga una botella de vino para estos dos valientes! ¡Hay que celebrarlo!

V'Lin echó a correr hacia la casa. Augusta, muy impaciente, no pudo resistirlo más y se precipitó hacia el hoyo, al encuentro del joven.

Miguel la besó apasionadamente, en medio de los aplausos generales. Pero la alegría se vio bien pronto truncada por un agudo alarido.

V'Lin salió de la casa a todo correr. Pese a lo tostado de su tez, se la veía pálida y demudada.

—¡El detector! —gimió—. ¡Ha sido destrozado por segunda vez!

Un gran silencio se abatió sobre el lugar. Alguien lo rompió, emitiendo una sonora maldición.

—El traidor continúa entre nosotros —dijo Miguel en tono sombrío.

—No importa —contestó M'Rik—. Traigo los elementos suficientes para construir un aparato mil veces más potente.

—Sí, pero lo que interesa es encontrar cuanto antes al traidor —gritó Stassen.

M'Rik pasó al interior del jardín a través de la excavación.

—V'Lin, ¿en qué estado se hallaba la reconstrucción del detector? — preguntó.

—Lo hubiésemos terminado dentro de dos semanas —contestó la joven.

M'Rik reflexionó unos momentos. Todos le contemplaban con gestos expectantes.

—Está bien —manifestó—. Mañana iniciaremos la construcción del nuevo aparato. Este quedará listo mucho más pronto.

Clover dio un paso hacia delante.

—Miguel, si piensas pasar el tractor al jardín, necesitarás que te releven en la pala mecánica —dijo—. Los hombres podemos hacerlo.

—Sí, es una buena idea —convino Miguel—. Yo me siento un tanto cansado y ardo en deseos de tomarme un buen baño.

—Iré a preparártelo —ofreció Augusta.

Pese a que sus perspectivas habían mejorado considerablemente, la alegría inicial había desaparecido. Sin embargo, los hombres, animosamente, empezaron a trabajar, a fin de ensanchar el paso.

Miguel y M'Rik se bañaron, asearon y cambiaron de ropa. Mientras Augusta preparó cena para los dos.

M'Rik hizo que les llevasen la comida a la biblioteca. Miguel, Augusta y los tres elquarianos se encerraron en la estancia.

—¿Por qué nos has traído aquí, M'Rik? —preguntó Miguel, extrañado.

—Quiero hablaros a los dos acerca del traidor —respondió el aludido.

—¿Sabes quién es? —preguntó C'Lin.

—Todavía, no, pero tenemos algunas pistas que pueden conducirnos a su descubrimiento.

—¿Por ejemplo…? —dijo Miguel.

—Empecemos por la casa. «Ellos» la levantaron en este paraje y, evidentemente, la construyeron para nosotros. «Sabían» cuántos éramos, de modo que edificaron la casa con el número justo de habitaciones para once personas, aunque luego, si se producía algún enlace entre dos seres de distinto sexo, quedaría alguna habitación vacía. De momento, sin embargo, cada uno iba a ocupar su dormitorio, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego.

—Pero observad que somos cinco hombres y seis mujeres. Una pareja queda incompleta. Una mujer no… no se casará.

Miguel se pellizcó el labio inferior.

—¿Opinas que el traidor es una mujer? —preguntó.

—Casi seguro —repuso M'Rik con acento lleno de convicción—. Además, recuerda que «ellos» nos impulsaron a venir aquí.

—Sí, desde luego.

—Augusta deseó siempre tener un «setter». Lo tuvo. Luego tú hablaste, recuerda que me lo has contado, Miguel, de que te gustaría pescar, pero Augusta objetó que no tenías embarcación. Apareció una lancha.

—Es cierto —convino Augusta.

—Todavía más. Miguel se extrañó de que la casa no estuviese adornada con cuadros y que, dada su construcción y decoración, le faltaban las imágenes religiosas que hubiera sido lógico hallar, caso de que el edificio hubiese sido levantado por un terrestre de origen mediterráneo.

—Cuadros e imágenes aparecieron de repente… pero ¿por qué se esfumó la casa cuando volvíamos de plantar los indicadores al otro lado del canal? —preguntó Miguel.

—Tal vez no se esfumó como dices, sino que, durante unos momentos, «pasó», por decirlo así, a la otra dimensión en que se mueven «ellos». Lo necesitaban para completar ese importante detalle decorativo que habían olvidado al construir la casa. Eso, de todas formas, es secundario. Lo importante es descubrir al traidor.

—Traidora —dijo V'Lin.

—Somos cinco parejas —añadió M'Rik—. Más o menos, cada uno tenemos inclinación hacia una persona del sexo opuesto. Pero hay uno de nosotros que está desparejado.

Miguel se puso en pie y empezó a pasearse por la estancia.

—Sí —dijo—. Ya sé quién es.

—¡Su nombre, Miguel! —exigió Augusta.

—Calma —recomendó el joven—. Antes de actuar, es preciso confirmar las sospechas. Además, no sabemos si ella tiene algún arma poderosa, capaz de destruirnos a todos en un instante.

—Yo haría otra cosa, Miguel —sugirió M'Rik.

—Dime —pidió el joven.

—Estoy empezando a sospechar por qué nos reunieron a todos aquí —contestó el elquariano—. «Ellos» lo hicieron con un fin determinado, pero, aunque no quizá con nuestra forma en su estado natural, podemos, considerarlos humanos. Y vistos bajo este prisma, podemos afirmar que también cometen errores. El principal ha sido destacar a uno de ellos para unirlo a nuestro grupo, sin haberse preocupado, antes o después, tanto da, de haberle buscado la correspondiente pareja.

—¿Y…? —dijo Miguel.

—Tal vez les interese conservar su vida —opinó M'Rik.

—Un rehén —dijo Augusta.

—Exactamente.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Miguel cruzó la estancia y abrió la puerta.

—¿Está por ahí Ben Clover? —preguntó.

—No —contestó la doctora Ouseac—; está trabajando en el jardín.

—Bien, muchas gracias, Fanny.

Miguel cerró la puerta de nuevo.

—Le veré más tarde —dijo.

—No pierdas tiempo —aconsejó Augusta—. Cuanto antes soluciones este enojoso asunto, será mejor para todos.

—Tienes razón. Voy a verle inmediatamente.

Miguel salió de la pieza y subió a su dormitorio, donde tenía el revólver. Examinó la carga y luego se metió el arma bajo la camisa.

Salió al jardín y se dirigió al lugar donde los otros tres hombres, alumbrados por la luz de los faros del tractor, trabajaban denodadamente para ensanchar el paso. Clover manejaba la pala mecánica en aquel momento.

—Ben —dijo Miguel—, por favor, tengo que hablar contigo.

El hombre le miró un instante y luego entregó los mandos del aparato a Stassen.

—Sigue tú, Otto, por favor.

Los dos jóvenes se apartaron a un lado. Miguel formuló a Clover varias preguntas, a las que el interrogado contestó rápidamente, aunque no sin asombro.

—¿Estás seguro? —preguntó a su vez, cuando Miguel hubo terminado.

—No puede ser otra —respondió el joven—. De todas formas, ahora lo confirmaremos.

—Iré contigo, Miguel.

—No faltaría más.

Los dos hombres regresaron a la casa. Las mujeres se hallaban reunidas en las cercanías de la chimenea.

Miguel sacó el revólver y lo amartilló:

—Cassia, no me gustaría hacerte daño —dijo—, pero dispararé a matar si intentas algo contra nosotros. Sabemos ya que eres una de «ellos».

CAPÍTULO XII

UN súbito silencio gravitó sobre la estancia, después de las últimas palabras de Miguel. Crujió un leño en la chimenea y su chasquido pareció sobresaltar a los presentes.

Cassia sonrió con desprecio.

—Tienes una imaginación desbocada —contestó—. ¿De dónde has sacado que yo soy la traidora?

—Hay muchos detalles que lo confirman —respondió Miguel, impasible, en medio de una tensa expectación—. Por ejemplo, Clover te recogió a solo unos pocos kilómetros de esta casa, cuando aseguraste que venías directamente de Salybar. Pero lo cierto es que tus… compañeros te dejaron en el camino de Clover, a fin de que este te encontrase y te ayudara a llegar aquí.

—Tonterías. Yo vivía en Salybar. Puedo demostrarlo —exclamó Cassia despectivamente.

—Luego te diré por qué mientes, Cassia —contestó Miguel—. De momento, sigamos con los otros detalles. Has dicho, en más de una ocasión, que viniste de la Tierra a Marte hace algunos años.

—Es cierto.

—Y también dijiste que vivías en el sur de Italia.

—Sí. Mi nombre y apellido indican de sobra mi origen.

—Es posible que sea verdad esa parte de la historia. Tal vez te encargaron de asesorar a los constructores de esta casa. Siempre dije que tenía aspecto de una edificación típicamente mediterránea. Claro que os olvidasteis luego de algunos detalles de la decoración, detalles que subsanasteis más tarde a la carrera.

—Bien, pero eso no demuestra nada de la acusación que has lanzado contra mí.

Miguel sonrió.

—La prueba es fácil, Cassia. Encontramos en Salybar el registro

de habitantes, salvado de la destrucción gracias a que estaba en un sótano. Se me ocurrió curiosear y allí no figuraba tu nombre. Las autoridades de cada ciudad eran muy estrictas en este aspecto legal; es imposible que se trate de una omisión por error.

Hubo un momento de silencio. Todos los ojos estaban fijos en el rostro de Cassia.

De repente, la joven metió la mano en una de los bolsillos de su pantalón y sacó un tubito largo y delgado, con el que apuntó a Miguel.

—No intentes disparar contra mí —dijo—. La pólvora de esos cartuchos ha perdido su eficacia.

Alguien gritó. Miguel contempló el revólver con aire desmayado.

—De modo que esto no me sirve para nada —murmuró.

—Exactamente —contestó Cassia con aire de triunfo.

Miguel dio un paso hacia delante y dejó el revólver sobre la mesa.

—Bueno, si es un cacharro que no sirve para nada… ¡Pero mi puño no está inutilizado todavía!

Cassia fue cogida por sorpresa. El puño de Miguel la alcanzó en la mandíbula con efectos fulminantes.

—¡Bravo, Miguel! —exclamó Nina alborozada.

Cassia yacía sin sentido en el suelo. Miguel se inclinó sobre ella y se apoderó del extraño tubo.

—Cuidado —aconsejó Clover—. No sabemos qué misteriosa arma puede ser.

—Sí —contestó el joven—. Lo guardaremos… pero ahora, sería conveniente que las mujeres registrasen a Cassia detenidamente, no sea que lleve otros artefactos bajo sus ropas.

—Miguel —dijo Augusta de pronto—, si viste que en los registros de Salybar no estaba el nombre de Cassia, ¿por qué no la desenmascaraste desde el primer momento?

El joven se echó a reír.

—Es un viejo truco policíaco —dijo—. Pero claro, Cassia es un ser de otro sistema solar y picó. No se me ocurrió siquiera buscar tales registros.

Fanny soltó una risita.

—Me alegro de no ser una delincuente, sabueso —exclamó—. Bueno, salid los hombres. Como médico, yo me encargaré

personalmente del registro de Cassia.

—Y atadla bien cuando hayáis terminado —aconsejó el joven, dirigiéndose hacia la puerta, en unión de Clover y de M’Rik.

Clover se detuvo en la entrada y encendió un cigarrillo.

—Se me hace cuesta arriba creer que Cassia sea uno de «ellos» —dijo tras la primera bocanada.

—Cometieron un error —reafirmó Miguel—. Hay una pareja incompleta. Cassia es la mitad de esa pareja incompleta.

—Entonces, por eso coqueteaba con Otto. Quería desbancar a Nina para ocupar ella su lugar.

—Pero ¿cómo pudieron cometer un error tan grande? —exclamó M’Rik.

—Posiblemente, se deriva de la destrucción de tu nave —contestó Miguel—. Al llegar vosotros tres, se desequilibró la proporción.

—Es cierto —convino el elquariano—. Sin embargo, «ellos» podían haber dado muerte a una de mis dos hermanas y restablecer así el equilibrio.

—Tal vez confiaban en que lo hiciera la propia Cassia, pero no se le presentó la ocasión propicia…

—Sí —suspiró M’Rik—, eso debe de ser, sin duda.

Augusta les llamó momentos más tarde.

—Podéis entrar. Cassia no tenía más objetos sospechosos encima.

Regresaron a la sala. Cassia estaba sentada en una silla, a la cual había sido atada sólidamente con tiras de tela.

Los ojos de la joven brillaron furiosos.

—Soltadme o los míos os arrasarán —exclamó en tono imperativo.

Miguel movió la cabeza.

—Debes tener en cuenta que tus bravatas no nos asustan —dijo —. ¿Alguna vez te comunicaste con ellos?

Cassia apretó los labios.

—De modo que estás dispuesta a no hablar —sonrió Miguel—. Bien, nosotros tenemos métodos muy eficaces para soltar la lengua de las personas reacias.

—La tortura —replicó Cassia con desprecio en su voz.

—Nada de eso. Un simple pinchazo bajo la epidermis. Fanny,

creo que en tu maletín de médico tienes algunas dosis de pentotal sódico.

La doctora comprendió al instante las intenciones del joven.

—Sí, desde luego. ¿Preparo una inyección?

—Claro.

Fanny abandonó la sala. Cassia palideció.

—¿Qué es el pentotal? —preguntó.

—Los terrestres le llamamos la droga de la verdad —contestó Miguel con toda amabilidad—. Hace hablar, aunque uno no lo quiera.

—¡No lo conseguiréis! —chilló Cassia, forcejeando para soltarse. Pero las ligaduras resistieron.

Fanny volvió momentos después con una jeringuilla en las manos. Pese a los esfuerzos de Cassia, consiguió aplicarle la inyección.

—Dentro de un minuto, caerás en un profundo sueño, pero podrás oír y hablar perfectamente —anunció—. Y no podrás evitar el contestarme con la verdad.

Los ojos de Cassia relucían como los de una fiera en el paroxismo de su locura. Hizo un último esfuerzo para liberarse, pero, de repente, sintió que le abandonaban las fuerzas.

Su cabeza se dobló sobre el pecho. Miguel se acercó a ella.

—¿Dónde están tus compañeros? —preguntó.

—Arriba, en el espacio —contestó Cassia con voz opaca.

—¿A qué distancia?

—Cincuenta, sesenta kilómetros tal vez.

—¿En una nave? ¿Dos? ¿Cuántas?

—Una nave.

—¿Cuál es su número?

—Varios miles, no podría responder con exactitud.

—¿Es esta tu figura habitual?

—No.

—De modo que tu cuerpo es distinto en otras circunstancias.

—Sí.

—¿Puedes mudar de figura a voluntad?

—Ya no.

Miguel se quedó sorprendido al oír aquella respuesta. Consultó a Fanny con la mirada y esta dijo:

—Tal vez la transformación haya sido definitiva.

—Sí, pero ¿por qué no lo enviaron en figura de varón?

—Es posible que creyeran que, viniendo como mujer, tuviese más posibilidades de tener descendencia —opinó la doctora.

—Sí, parece una cosa sensata —convino Miguel. Y siguió el interrogatorio—: ¿Cómo te comunicas con tus compañeros?

—Por medio de ese tubito.

—¿Es difícil de manejar?

—No.

—¿Podría usarlo yo?

—Sí, pero desconoces la clave de comunicación.

—Tú podrías enseñármela, ¿no es cierto?

—Desde luego.

Miguel hizo una seña. Augusta le entregó el tubo.

—Además de un transmisor, es también un arma —dijo el joven.

—Lo es —confirmó Cassia.

—¿Cuáles son sus efectos?

—Provoca la descohesión de las moléculas allí donde chocan sus descargas.

Miguel contempló el tubo. Tenía un diámetro de dos centímetros y una longitud de veinticinco, aunque hacia el final se veía algo más grueso.

Miguel entregó el tubo a Cassia.

Augusta adelantó una mano.

—¡Cuidado! —exclamó, alarmada—. Podría volverlo contra ti.

Miguel sonrió.

—No. Está en nuestro poder —contestó. Y se enfrentó de nuevo con la prisionera—. Cassia.

—Sí, Miguel.

—Para no perder tiempo aprendiendo tu clave de comunicación, lo mejor será que hables —o te comuniques, da igual— tú con tu jefe o quienquiera que sea el que mande en la nave. ¿Has comprendido?

—Sí, Miguel.

—Bien, Cassia, Repetirás exactamente lo que voy a decirte.

—Sí, lo repetiré.

—Estoy prisionera de los habitantes de la casa del canal…

El pulgar de Cassia oprimió con rápidas alternativas un

determinado punto del extraño artefacto.

—… y su jefe —siguió Miguel—, desea hablar contigo. ¿Es correcto el tratamiento?

—Sí —respondió Cassia.

—Bien, sigue transmitiendo. Dile también esto: Pronto subirá a entrevistarse contigo. Si no accedes, me matarán.

Cassia pulsó rápidamente el transmisor.

—¿Está ya? —preguntó el joven.

—Sí.

—¿Cuándo sabremos la respuesta?

—Dentro de unos minutos.

—¿Le recibirás en ese mismo aparato?

—Sí.

—Muy bien. Esperaremos.

Miguel respiró profundamente. Augusta adivinó sus deseos y le entregó un cigarrillo ya encendido, que el joven agradeció con una sonrisa.

El silencio era absoluto. Cassia continuaba empuñando el tubo. De pronto, su muñeca se puso rígida y tensa.

—Miguel —dijo la prisionera.

—Estoy aquí —contestó el aludido.

—Ya tengo la respuesta.

—¿Y…?

—Mí… jefe pone una condición para la entrevista.

—Bien, habla.

—Irás tú solo.

—¡No! —protestó Augusta.

Miguel extendió una mano.

—Sí, de todas formas, pensaba hacerlo —dijo—. ¿Algo más, Cassia?

—Mi jefe quiere saber si sois tan inteligentes como parece. La entrevista tendrá lugar, si eres capaz de llegar por ti mismo hasta la nave.

—¡Pero eso es absurdo! —exclamó Augusta—. ¡No disponemos de ningún cohete auxiliar!

Miguel sonrió.

—Durante el viaje, M’Rik y yo estuvimos discutiendo esa posibilidad y nos preparamos para ello en los días que

permanecimos en Salybar. Cassia, ¿ha fijado tu jefe alguna hora para la entrevista?

—No. Te recibirá apenas llegues.

—Muy bien —Miguel se volvió hacia la doctora—. Fanny, despiértala.

—De acuerdo —Fanny se acercó a Cassia—. Voy a ponerte otra inyección, Cassia. Despertarás dentro de un minuto.

CAPÍTULO XIII

CASSIA abrió los ojos y miró torpemente a su alrededor.

—¿Qué me ha pasado? ¿Qué habéis hecho conmigo? —preguntó.

Miguel le había quitado ya el tubo transmisor.

—Estuvimos interrogándote, aprovechando que Fanny te sumió en un trance hipnótico.

—Con alguna droga —masculló, furiosa.

Fanny se echó a reír.

—No, con un reconstituyente. No tenía pentotal sódico en mi botiquín —dijo bienhumoradamente.

—¡Qué! —resopló Nina, atónita.

—¡Demonios! —gruñó Clover—. ¿Cómo lo lograste, Fanny?

—Ella misma se autosugestionó cuando Miguel le mencionó que era una droga que forzaba a decir la verdad. Dos centímetros de agua destilada habrían causado el mismo efecto, pero como no la tenía, hube de echar mano del reconstituyente.

—¡Eso es un engaño! —gritó Cassia con rostro descompuesto.

—¿Y lo tuyo? —dijo Augusta—. Pasaste por una de nosotros… y destruías los aparatos que construían M'Rik y sus hermanas. ¿No es engaño también?

Cassia apretó los labios.

—De todas formas, no conseguiréis nada —manifestó.

—Es tarde ya —intervino Miguel—. He concertado una entrevista con tu jefe.

Cassia le miró atónita.

—¡Mientes! —gritó.

—Ya lo verás —respondió el joven sin alterarse—. Mientras tanto, continuarás prisionera. Si a mí me sucediera algo, tú morirías en el acto. Y esta es una perspectiva que no parece agradar mucho a

tu jefe.

—A propósito, ¿cómo se llama? —preguntó Augusta, llena de curiosidad.

Cassia comprendió que le decían la verdad. Su rostro expresó abatimiento.

—Eldynor —contestó con voz sorda.

—Muy bien —dijo Miguel—. Mañana hablaré con él. Estoy necesitando de unas cuantas horas de sueño ininterrumpido.

Se volvió hacia Clover.

—Mientras tanto, el trabajo debe continuar. M'Rik tiene que construir su nuevo aparato y es urgente que el tractor pase al interior del jardín.

—De acuerdo. Duerme tranquilo, muchacho. Todos te estamos muy agradecidos por lo que has hecho.

Miguel le dio una palmada en el hombro. Luego se encaminó hacia su habitación.

Augusta le alcanzó antes de que abriese la puerta.

—Miguel —llamó.

El joven se volvió. Ella se le abrazó estrechamente.

—No me gusta lo que vas a hacer —dijo en tono aprensivo.

—Es necesario —contestó él—. Tenemos que despejar nuestro futuro.

—Pero ellos poseen armas de infinito poder. ¿Qué puede hacer un hombre solo contra miles?

—Mucho. Más de lo que tú crees.

—¿Cómo…?

Miguel la hizo callar, tapándole la boca con la suya.

—Anda, ve abajo y no te preocupes de más. Dentro de poco, estarán resueltos todos nuestros problemas.

Ella le miró y sonrió a través de las lágrimas que inundaban sus bellos ojos.

—Si crees que es tu deber, hazlo —dijo—. Rogaré por tu vuelta.

—Así está mejor —contestó él, volviéndola a besar.

Miguel durmió diez horas de un tirón. Cuando se levantó, la tarde estaba ya muy avanzada.

El tractor había sido introducido en el jardín. Miguel ingirió una sólida comida, preparada por Augusta, y luego dijo que iban a disponerlo todo para la partida.

Augusta se sentía devorada por la curiosidad. ¿Cómo pensaba Miguel elevarse hasta una nave que orbitaba a cincuenta o sesenta mil metros de la superficie marciana?

Antes de la partida, Miguel quiso hablar otra vez con Cassia.

La joven estaba encerrada en una habitación del piso superior. Miguel abrió la puerta y se detuvo a un paso del umbral.

—¿Qué quieres? —preguntó ella con aire desafiante.

—Voy a entrevistarme con Eldynor. No sé lo que me ocurrirá, pero confío en hallarme de vuelta dentro de veinticuatro horas.

—Eldynor no te dejará volver —aseguró Cassia.

—Entonces, tú morirás.

Hubo un momento de silencio.

—Sois terrestres. No haríais una cosa semejante —dijo la joven.

—No te fíes —sonrió Miguel—. Cuando queremos, los terrestres nos convertimos en verdaderos demonios. Si yo no volviese, cierta persona te sacaría los ojos. Y algunas otras la ayudarían de muy buena gana a arrancarte a tiras ese pellejo humano que encubre tu linda figurita.

El miedo asomó a los ojos de Cassia.

—Ya estás advertida —concluyó Miguel con naturalidad.

Y salió de la estancia.

Bajó a la cocina. M'Rik le esperaba ya con algunos objetos en la mano. Un traje espacial yacía sobre la mesa.

Los sitiados observaron silenciosamente a Miguel, mientras el joven se enfundaba en el traje espacial. Antes de colocarse la escafandra, M'Rik le sujetó en torno a la cintura una especie de faja de extraña forma, de un centímetro de grueso, por diez de ancho, aproximadamente, dotada de algunos compartimientos que parecían cartucheras.

Ya solo faltaba el casco. El traje había sido hallado en uno de los sótanos del astropuerto de Salybar.

—Vamos fuera —dijo Miguel.

Todos salieron tras él. La pala mecánica había abierto un ancho surco en la tierra.

Pasaron al otro lado de la cúpula de fuerza. Miguel miró a Augusta y dijo:

—No temas. Estaré de vuelta antes de veinticuatro horas.

Ayudado por M'Rik y Clover, se colocó el casco. Comprobó el

suministro de oxígeno y sonrió bajo el cristal de cuarzo.

Luego agitó una mano en señal de despedida. Inmediatamente, puso en funcionamiento el cinturón antigravitatorio que M'Rik había construido durante su estancia en Salybar.

Ascendió poco a poco al principio, pero no tardó en adquirir una enorme velocidad. Los sitiados le perdieron de vista en pocos momentos.

Miguel miró hacia abajo. El suelo se alejaba con sorprendente rapidez.

Salió de la atmósfera. Las estrellas dejaron de centellear y se mostraron frías e inmóviles a sus ojos.

A poco, rebasó la órbita de Deimos. Pronto encontraría la nave enemiga, se dijo.

Pasaron algunos minutos. Miguel empezó a impacientarse.

Refrenó la velocidad ascensional. ¿Dónde estaba la nave?, se preguntó.

La esfera se materializó de repente sobre su cabeza. Lanzó un suspiro de alivio.

Una escotilla se abrió justo sobre él. De pronto, una voz de tonos extraños, metálicos, resonó en sus oídos.

—¡Pronto! ¡Dese prisa!

—¿Qué? —exclamó Miguel, atónito.

Una raya de fuego rojo subía raudamente desde el suelo. Desconcertado, Miguel se preguntó quién podía lanzar un cohete destructor.

Pero antes de que pudiera hallar una respuesta congruente para explicarse aquel extraño fenómeno, se sintió envuelto en una total oscuridad. Las estrellas, Marte, todo desapareció de su vista.

Sintió un agudo zumbido dentro de su cráneo. Se mareó y perdió el equilibrio.

No obstante, aquellos síntomas de malestar desaparecieron pronto. No tardó en volver a la normalidad.

Entonces desapareció la oscuridad y volvió la luz.

Miguel miró en torno suyo. Hallábase en una cámara de forma cúbica, aunque de aristas levemente redondeadas, de unos dos metros y medio de lado.

La voz resonó de nuevo en sus oídos.

—Puedes quitarte la escafandra.

«Ahora me tutean», pensó el joven.

Se quitó el casco. Respiró con precaución.

El aire tenía un olor extraño, un poco picante, pero parecía perfectamente respirable. De pronto, una de las paredes de la cámara desapareció.

—Camina por el corredor.

Miguel obedeció. El corredor tenía las mismas dimensiones, en altura y anchura, que la cámara que acababa de abandonar. Sin embargo, parecía no tener fin y el efecto de perspectiva causaba una sensación abrumadora y deprimente.

—¿Voy a tener que caminar un día entero antes de llegar a donde está Eldynor? —se preguntó.

Sus temores resultaron infundados. El corredor pareció curvarse de modo repentino, tomando una suave inclinación hacia arriba. Momentos después, Miguel se hallaba en una cámara de forma semiesférica, cuyo lado plano se hallaba frente a él y en posición vertical.

—Siéntate —dijo la voz.

Miguel se volvió. Un trozo de suelo se elevó en silencio a la altura justa para que el joven pudiera acomodarse.

Entonces, la pared frontera se hizo translúcida. Miguel divisó una sombra al otro lado.

—Yo soy Eldynor —dijo la voz.

Miguel observó atentamente la sombra. Tenía una forma alargada, casi cilíndrica, aunque parecía distinguirse algo semejante a una cabeza, pero no extremidades. «Tal vez las tiene pegadas al cuerpo», pensó.

—Mi nombre es Miguel —dijo el joven—. Recibiste mi mensaje por mediación de… bien, la llamaremos Cassia, para no perder la costumbre.

—Es una buena idea —aprobó Eldynor—. Parece que tienes que hacerme una proposición.

—En efecto. Por eso he subido a verte. Solo y por mis propios medios, tal como dijiste.

—Bien, habla. ¿Cuál es tu propuesta?

—Una. Muy sencilla. Debéis marcharos. Este no es vuestro sistema solar. No os pertenece. Eso es todo.

CAPÍTULO XIV

A MIGUEL le pareció que Eldynor reflexionaba. Esperó, sin dar muestras de impaciencia.

Al cabo de unos momentos, Eldynor dijo:

—Eres muy insolente, Miguel.

—No. Pido solo lo que creo es de justicia… y no todo, ciertamente.

—¿Por qué dices que no pides todo?

—En tal caso, deberíamos destruiros. Miles de millones de personas resultaron muertas…

Miguel creyó oír una silenciosa carcajada dentro de su cerebro. ¿Era Eldynor telépata?, se preguntó.

—Dejemos eso por el momento —rogó Eldynor—. Hablemos de Cassia.

—Está en nuestro poder. Si a mí me pasa algo, ella morirá.

—Vosotros destruisteis una nave nuestra, con miles de seres en su interior —le acusó Eldynor.

—No fue esa nuestra intención, aunque lo cierto es que, después de haber visto morir a tantos semejantes míos, esa destrucción no me causa ninguna pena.

—Pides que nos vayamos. Es algo muy fuerte.

—Lo siento. Si pudiera, lo haría de un modo más contundente.

—¿Y no temes que abandonemos a Cassia, sin importarnos lo que pueda ocurrirle, llevándote a ti con nosotros?

—No lo haréis —aseguró Miguel.

—Muy seguro lo dices —observó Eldynor.

—Tengo razones para ello —contestó el joven.

—¿Por ejemplo…?

—Tenéis, a lo que parece, armas muy superiores a las nuestras. Podríais haberlas empleado desde hace meses, pero no lo habéis

hecho, temerosos de causar algún daño a Cassia. Si no lo hicisteis antes, no lo haréis ahora.

Hubo un momento de silencio.

—Es cierto —admitió Eldynor al cabo.

—¿Por qué no nos habéis destruido? —inquirió Miguel, invadido por la curiosidad.

—Cassia es el fruto de largos y tenaces años de trabajo de nuestros científicos. Proporcionarle una forma terrestre no resultó fácil, ciertamente.

—¿Con qué objeto lo hicisteis?

—¿Es que no te lo imaginas?

Miguel sonrió.

—En ese aspecto, habéis fracasado. Ella no ha conseguido conquistar a ninguno de los hombres que están en la casa del canal.

—Algo ha pasado —murmuró Eldynor, evidentemente confuso —. No lo entiendo.

—Es posible que yo pueda explicarte las causas, si antes tú me cuentas por qué nos reunisteis a cinco parejas allá abajo.

—Queríamos observar el comportamiento de algunos terrestres —contestó Eldynor—. Sin embargo, algo interfirió nuestros planes.

—¿La nave elquariana?

—Sí —admitió Eldynor.

—Pero os habría resultado sumamente fácil matar a alguna de las dos mujeres elquarianas. Así, las parejas habrían resultado exactas.

—Aunque a ti no te lo parezca, nos agrada preservar la vida de todo ser inteligente.

Miguel soltó un bufido.

—No lo dirás por los miles de millones que murieron de un modo horrible —rezongó.

—Dejemos esto a un lado por el momento —pidió Eldynor—. Hablemos de vosotros. Lleváis ya mucho tiempo juntos.

—Sí.

—Y cada uno de vosotros eligió ya su pareja.

—Es cierto.

—Sin embargo… —Miguel se percató de que Eldynor se mostraba reticente. ¿O tal vez eludía tocar un tema vidrioso?—. Sin embargo… —continuó Eldynor con voz insegura—, todavía no…

no…

Miguel sonrió.

—Quieres decir que todavía no hay síntomas de que vaya a haber descendencia en la casa, ¿no es así?

Pareció que Eldynor exhalaba un suspiro de alivio.

—Tú me has ahorrado pronunciar algunas palabras… inconvenientes —contestó—. ¿Por qué no…?

Miguel seguía sonriendo.

—Conocéis muy poco la idiosincrasia terrestre. Ciertamente, los niños nacen de la unión carnal entre dos seres de distinto sexo.

—Esperábamos que ocurriera eso —dijo Eldynor—. Pero no ha sido así.

El joven meneó la cabeza.

—Los terrestres no siempre nos desprendemos de ciertas inhibiciones, inculcadas en nuestro espíritu a lo largo de siglos de civilización. Claro que algunos carecen de esas inhibiciones, pero son los menos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Eldynor, extrañado.

—Sencillamente, que cuando un hombre y una mujer quieren unirse, entre otras cosas, para tener descendencia, suelen celebrar previamente una ceremonia ritual. Nosotros le llamamos boda.

—Entiendo —dijo Eldynor—. En presencia de testigos, supongo.

—Sí; y esa unión es autorizada por un ministro religioso o civil, por lo común —Miguel sonrió—. Aunque lo cierto es que hay quien se salta a la torera esos rituales.

—¿Y por qué no ha ocurrido en la casa del canal?

—Bueno, la preocupación por nuestra situación también provoca otras inhibiciones, digamos de tipo físico. En estos momentos, lo que más nos interesaba a todos era salir de allí, compréndelo.

—Sí —admitió Eldynor con pesar—, hemos cometido muchos errores.

—Debisteis habernos estudiado mejor.

—Creíamos haberlo conseguido.

—Nuestra raza es difícil de comprender, Eldynor. Pero ¿solo para fines de estudio nos reunisteis a los once en la casa del canal?

—Nosotros vivimos a cientos de años luz. Constituimos una raza de científicos e investigadores, que ha alcanzado casi la perfección…

—Solo hay Una Persona que es la Perfección —dijo Miguel, casi indignado.

—Lo sé —respondió Eldynor con acento de humildad—. Pero dentro de las limitaciones humanas, porque nosotros también somos seres humanos, aunque nuestra forma sea distinta, nuestros progresos son infinitamente superiores a los vuestros.

—Si se juzga por la forma en que edificasteis la casa, preparasteis la decoración y «fabricasteis» el perro, la lancha y muchas otras cosas, es preciso convenir, en efecto, que sois superiores a nosotros —manifestó el joven—. Pero no en todos los aspectos.

—Explícate, por favor.

—Habéis reunido a once personas. ¿Era necesario, para llevar a cabo el experimento, matar a miles de millones?

Hubo un momento de silencio.

—No comprendes todavía, Miguel —dijo Eldynor, al cabo.

—Comprendo demasiado bien —repuso el joven, procurando mostrarse ponderado y ecuánime—. ¿Qué objeto os guio al realizar semejante experimento?

—Queríamos cambiar de forma. La… la que tenemos no nos gusta.

Miguel frunció el ceño.

—No puedo juzgar, solo veo de ti una silueta.

—No verás más —contestó Eldynor—. También la atmósfera es distinta, nociva para ti y para mí, según los ambientes en que nos hallamos ahora.

—¿Qué resultado esperabais?

—Confiábamos en que… Cassia encontrase su pareja. Ella y su descendencia nos habrían servido para los estudios que pensábamos llevar a cabo.

—¿Y nosotros?

—Digamos más bien sujetos de comparación.

Miguel intuyó que Eldynor no le decía toda la verdad.

Los habitantes de la casa del canal eran adultos. «Ellos», por lo tanto, ya tenían sujetos de experimentación completamente desarrollados.

Sin embargo, sus estudios hubieran sido incompletos de no haber contado con sujetos a quienes examinar desde sus primeros

pasos en la vida. Pero semejante coyuntura no había llegado a producirse todavía.

De este modo, dedujo, «ellos» hubiesen tenido sujetos de experimentación de todas las clases, incluso del nacido, hipotéticamente, entre un terrestre y el ser morfológicamente mutado que era ahora Cassia.

—Así es —convino Eldynor, y Miguel supo que sus pensamientos habían sido adivinados por el ser que se encontraba al otro lado de la mampara translúcida…

—¿Tanto os desagrada vuestra forma actual?

—La vuestra, después de recorrer numerosos mundos habitados de la Galaxia, es la que más nos agradó de todos.

—Pero eso supone muchísimos años de exploración —dijo Miguel, atónito.

Eldynor «sonrió».

—Siglos, según vuestro cómputo de tiempo. Esta es otra de las razones por la cual queríamos cambiar de forma. Vivimos demasiado, Miguel.

El joven captó la nota de queja que latía en las últimas palabras de Eldynor.

—Cada uno es como ha sido hecho por Quien todo lo puede —dijo en tono sentencioso—. Está permitido alargar la vida por medios lícitos, pero acortarla voluntariamente es ir contra Sus designios. No debisteis hacer nunca tal cosa, y menos a costa de la destrucción de dos mundos.

—Estás equivocado, Miguel; nosotros no…

—¡Basta! —cortó el joven en tono autoritario—. No tengo armas, estoy solo entre miles de vosotros y podéis destrozarme con toda facilidad. Pero hay algo que me asiste, y es la razón y el derecho. Debéis marcharos y dejarnos en paz. Es mi última palabra.

—Podríamos negarnos.

—Ya destruimos una de vuestras naves. Haríamos lo propio con todas las demás.

—Lo sé. Sin embargo, aún no habéis llegado a construir el segundo aparato destructor.

—Pero ahora tenemos materiales…

—Porque nosotros lo hemos querido.

Hubo un momento de silencio.

—Entonces, nos observabais —dijo Miguel, desalentado.

—¿Puedes dudarlo?

El joven se sintió aterrado.

—Pero nosotros somos mucho menos crueles de lo que piensas —añadió Eldynor—. Nos iremos.

—¿Cómo sé que cumpliréis vuestra palabra?

—Volverás a la casa del canal y nos enviarás a Cassia. ¿Necesitas otra prueba?

—Parece suficiente —admitió Miguel.

—Lo es. Vuelve y no pienses mal de nosotros, salvo que somos menos perfectos e inteligentes de lo que llegamos a creer. Y no somos crueles ni despiadados… ¿acaso no estáis con vida aún?

—Sí, pero los que murieron lanzados al espacio…

—Déjalos por ahora. Vuelve, repito, y cuando pasen los años, recordaréis esta experiencia. Para vosotros, y también para nosotros, aunque no lo creas, habrá servido de algo. Ah, la casa del canal quedará como obsequio para ti y tu pareja.

—No puedo darte las gracias —contestó Miguel secamente—. Pienso que ha sido obtenida al precio de miles de millones de vidas.

—Todavía no lo entiendes —dijo Eldynor—. A nosotros, sin embargo, nos has hecho un gran favor, aun con la destrucción de una de nuestras naves. Me has hecho ver que cada ser inteligente de la galaxia debe seguir el destino que le marcó el Supremo Hacedor. Adiós.

La luz desapareció. Miguel entendió que la entrevista había terminado.

Se puso la escafandra y la ajustó. Momentos después, se hallaba de nuevo en el espacio.

CAPÍTULO XV

LOS habitantes de la casa le contemplaron casi con pasmo cuando regresó.

—¿No te han hecho daño? —preguntó Clover, palpándole los brazos.

Augusta estaba a su lado y le miraba en silencio, con los ojos húmedos.

—No, no me ocurrió nada —contestó el joven, profundamente pensativo.

—¿Qué te dijeron allá arriba?

—¿Cómo son?

—¿Tienen tentáculos?

—¿Son telépatas?

Las preguntas llovían sobre el joven. Miguel paseó la vista por los rostros de cuantos le rodeaban.

—¿Visteis antes, cuando yo me había marchado, una luz roja que subía rápidamente hacia lo alto?

—Sí, varias —respondió Augusta—. Nos extrañó mucho y hemos pensado que tal vez se trate de señales hechas por supervivientes.

Miguel asintió en silencio.

—Es posible que sean otra clase de señales —dijo de modo misterioso—. Pero luego lo explicaré todo. Primero quiero ver a Cassia.

Se despojó del traje espacial y subió al piso superior.

Cassia le miró fieramente en silencio. Miguel dijo:

—He hablado con Eldynor. Debes marcharte, Cassia.

Ella apretó los labios.

—No quiero. Me gusta mi forma y seguiré aquí…

—Tienes que irte. Este no es tu mundo. Recobrarás tu forma primitiva.

—¡No! —chilló ella, invadida de repente por el pánico—. ¡No quiero convertirme de nuevo en el ser que era antes! ¡Déjame, déjame!

Augusta y alguno más contemplaban la escena desde la puerta. Miguel avanzó hacia Cassia.

—Eldynor lo ordenó. Te proporcionaré un traje espacial y…

Cassia retrocedió unos pasos. Su rostro expresaba un odio y una rabia infinitas.

—¡No!

El grito poseía ahora una tonalidad cavernosa, como si hubiera brotado de la garganta de un ser espectral.

Miguel dio otro paso hacia Cassia. De súbito, ocurrió algo extraño.

Una especie de neblina, que se espesaba rápidamente, envolvió a la joven. La neblina giraba con gran rapidez en torno a ella y la ocultó por completo en pocos segundos.

Las llamas de la chimenea del dormitorio se agitaron bruscamente. Se oyó un rugido lejano, profundísimo.

La neblina se arremolinó, estirándose luego en dirección a la chimenea. En medio del rugido, se escuchaban unas voces agudas, discordantes, chillonas.

El gas llegó a la chimenea y se inflamó de súbito con gran llamarada.

Miguel levantó un brazo en gesto instintivo y retrocedió unos pasos. El calor fue intensísimo durante algunos segundos.

El rugido se alejó raudamente. Las voces de protesta habían dejado ya de oírse.

—Bajemos —dijo el joven, minutos después.

Augusta le sirvió una copa de vino. Miguel estaba mortalmente pálido.

—Cassia, o el ser que era, ha sido castigada por su desobediencia —dijo al cabo.

—¿Y «ellos»?

—Prometieron marcharse. Confío en que lo harán.

Dingo exhaló un tremendo suspiro de alivio. Cogió la mano de la hermosa elquariana y la miró sonriendo.

—Dime, preciosa, ¿cuánto tiempo tardaremos en tener lista una nave para viajar a vuestro planeta?

—Antes os casaréis en Salybar, supongo —dijo Miguel.

—Bueno, si te elegimos alcalde o juez de paz… Pero también podríamos celebrar aquí la boda —sonrió Dingo.

—En Salybar hay quien está facultado para celebrar enlaces matrimoniales —contestó Miguel.

—¡Pero la ciudad no existe! ¡Fue arrasada! —exclamó Augusta.

Miguel encendió un cigarrillo.

—«Ellos» arribaron a nuestro sistema solar con un fin y, en cierto modo, han fracasado —manifestó—. No era lógico lo que pretendían; estaba fuera de las leyes divinas y naturales.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fanny, tan desconcertada como los demás.

—Tú eres médico. ¿No has oído hablar de los fenómenos de sugestión colectiva?

Hubo un momento de silencio. La comprensión se abría paso con gran lentitud en las mentes de todos los presentes.

—Antes visteis todos unos cohetes, que parecían de señales —continuó Miguel—. No eran tales, sino cohetes con carga. Cuando yo subí hacia la nave, «ellos» tuvieron que surgir unos momentos a un espacio normal y entonces fueron detectados desde Salybar. Seguramente, al no contestar a las intimaciones, fueron atacados, pero para entonces ya habíamos vuelto al subespacio y los proyectiles no nos causaron ningún daño.

Nina se sentó en una silla.

—¡Dios mío! —musitó—. No puedo creerlo.

—Eligieron varias personas, a su juicio, de entre las mejores de la masa, para su experimento —habló Miguel—. Todas tuvimos la misma alucinación, tan vivida y tan real, que llegamos a creer que la Tierra, Marte y las demás colonias planetarias habían sido destruidas totalmente.

—Pero nosotros, tú y yo —dijo M'Rik—, vimos una ciudad arrasada. ¿Era eso también una alucinación?

Miguel movió la cabeza para afirmar.

—Sí. Y lo más probable es que, entre tu invisibilizador y la acción que «ellos» ejercían sobre nosotros, sin que pudiéramos percatarnos de lo que nos pasaba, pudiéramos actuar sin ser percibidos por los habitantes de Salybar.

—Luego, entonces, no ha habido destrucción de mundos —dijo

Clover.

—No.

—Pero ¿cómo podemos comprobarlo?

En aquel momento, se oyeron unas voces en el jardín.

—¡Eh, mira, tú!

—¡Aquí está el tractor robado!

Hubo un momento de desconcierto entre los presentes. Luego, se produjo una desbandada general hacia la puerta.

Miguel fue el último en salir. Fuera, en el jardín, había un vehículo policíaco todo terreno, del que desembarcaban en aquel momento cuatro policías.

—¡Aquí están los ladrones que robaron durante seis noches seguidas en Salybar! —dijo uno de los agentes.

—¡Y se llevaron el botín en el tractor que cogieron en el astropuerto! —dijo otro.

Augusta se sentía abrumada.

—Entonces, ¿todo ha sido un sueño? —murmuró.

—En cierto modo —contestó Miguel, cogiéndola de la mano—. Ven conmigo.

Se abrió paso entre sus amigos. Uno de los policías le reconoció.

—¡Pero si es el teniente Devor! —exclamó—. ¿Qué le ha sucedido a usted, señor? ¡Le han dado por desaparecido!

—Es un poco largo de explicar, agente —contestó el joven, sonriendo—. De todas formas, pueden estar seguros que no hubo tal robo, sino más bien préstamo. Se devolverá todo lo que falta puntualmente, créanme.

—Bien, si usted lo dice… —murmuró el policía.

Miguel se volvió hacia M'Rik.

—Ahora podrás construir una nave con mucha mayor rapidez y con todos los elementos precisos —dijo.

—¿Me llevarás contigo a Elquar, M'Rik? —preguntó Fanny con ansiedad en su voz.

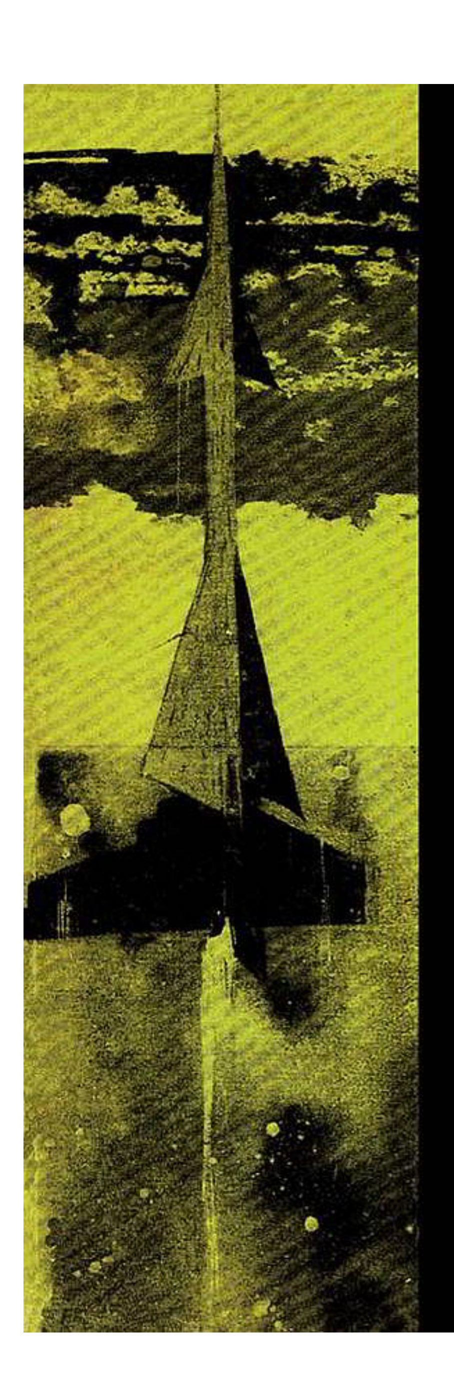
—Si no quisieras venir tú, yo me quedaría aquí contigo —respondió M'Rik.

Los policías examinaban la casa con curiosidad. Uno de ellos dijo:

—Juraría que pasé por este mismo sitio hace unas semanas y no vi nada.

Augusta miró a Miguel. El joven sonrió.
—Para algunos, la casa sí era visible —manifestó.
Augusta sonrió también.
—¿Desaparecerá cuando nos vayamos? —preguntó.
—No. Se quedará aquí. Es nuestra. Tuya y mía.
—Es un buen sitio —comentó la joven.
—Ideal para una luna de miel —dijo Miguel con intención.
Augusta sonrió.
—Eso implica un viaje a Salybar.
—Que emprenderemos hoy mismo.
—Sí —suspiró ella—. El sitio se ha levantado. Es el final.
—O el principio, ¿no te parece?
—El principio, sí —convino Augusta con voz ensoñadora.





Próximo número:

Allí no había nadie y, sin embargo, "aquello" era una...

CIUDAD OCUPADA

Autor :

LOUIS G. MILK

Precio: 8 ptas.